

2

HIJA DEL SATANISMO

TERROR


escalofríos de
TERROR
RIP

RALPH BARBY

HIJA DEL SATANISMO

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR Nº
2

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 — Barcelona

IS8 N 84-7750-007—X
Depósito Legal M-18474-1987
1.ª edición junio 87

Fotocomposición LOSER S.A.
Puerto Príncipe 24 08027 — Barcelona
Imprime FUTURA — GIESA
Distribuye: R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca Sector 8
C/8 nº 11
08004 — Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

—Mamá, mamá, esta es la muñeca Diana, la que más me gusta, y a mis amiguitas también.

La pequeña Annie tenía angelicales ojos azules y largos cabellos rubios que caían sobre sus hombros mientras sonreía ampliamente, sosteniendo una gran muñeca que mostraba al objetivo de la cámara.

—¡Corten! —pidió el director de los spots publicitarios para televisión.

Sin soltar la muñeca, la niña, que tendría entre cinco y seis años, preguntó:

—¿Ya he terminado?

—Sí, preciosa, ya has terminado por hoy, pero la semana que viene has de ser puntual.

—¿Haremos otro anuncio de muñecas?

—Será de otra cosa, pero igualmente bonita, verás cómo te gusta. Prepararemos un escenario con hongos gigantes.

—¿Y enanitos? —preguntó con su dulce voz.

—Habrá de todo —le respondió Bernier, el director de grabación.

—Miriam, ¿te gusta la muñeca a ti también? —inquirió la pequeña.

—Claro que me gusta —asintió la joven que vestía unos ajustados pantalones negros, blusa camisera holgada color de rosa y un chaleco también negro. Sus abundantes cabellos castaño rojizos estaban repletos de rizos.

—¿Puedo llevarme la muñeca? —preguntó Annie mirando a Miriam.

—Yo creo que sí puedes llevártela. ¿Verdad, señor Bernier?

—Oh, sí, claro que se la puede llevar. Un momento, que te firmaré la hoja de colaboración.

Miriam asintió con la cabeza y Bernier le entregó un impreso firmado en el que se especificaba el trabajo de la pequeña Annie en aquel estudio de grabación de spots publicitarios.

La niña y su joven cuidadora salieron del estudio. Había dejado de llover y la calle, aún mojada, brillaba intensamente. Los cristales de una cafetería próxima estaban empañados por el vapor ambiental que se enfriaba sobre ellos.

Las farolas alumbraban el suelo, arrancando reflejos, mientras los automóviles rodaban rápidos junto a las aceras con sus faros encendidos. Había prisa por regresar a los hogares.

—¡Miriam!

La joven que cuidaba de la pequeña Annie en aquel desplazamiento, se volvió, reconociendo a quién acababa de interpelarla en plena calle.

—¡Terry!

—¿Qué haces por aquí? —preguntó el chico, haciendo oscilar su cuerpo de derecha a izquierda.

Sus hombros no eran anchos, era un joven que aún no había llegado a la plenitud física como hombre. Cazadora de cuero negra, pantalones muy ajustados, cabellos largos y tez pálida; sin embargo, su estatura era más que considerable.

—Hago de canguro móvil para ganarme unas perras —respondió la muchacha.

—Será un rollo, ¿no?

—Bueno, la niña se porta bien y vengo de un estudio de grabación.

—¿Para la tele?

—Sí, pero la artista es ella.

—¿Y no se han fijado en ti? —inquirió sin apartar sus ojos de los femeninos. Miriam hacía lo propio, como sosteniendo un desafío. Terry le gustaba.

La charla entre los dos jóvenes no era profunda, ni siquiera amena, era un diálogo casi a base de monosílabos, propio de un encuentro fortuito en la calle.

Hacía frío. La gente iba y venía lo mismo que los automóviles, pero todos con la idea de encerrarse en su hogar o en algún local que proporcionara calor, que les aislara de aquella temperatura ya próxima a los cero grados.

Un feroz ruido de neumáticos sonó muy cerca de donde acababan de encontrarse los dos amigos. Fue tan chirriante como estremecedor. Después, un golpe sordo y gritos de mujer.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Miriam, volviéndose.

Vieron el coche, pero un grupo de motocicletas estacionadas sobre la

acera les impedía ver más. Varias personas corrieron frente al automóvil.

—Un atropello —rezongó Terry, sin sacar las manos de los bolsillos de la cazadora.

—¡Annie, Annie!

Miriam se asustó. Mientras charlaba con Terry la pequeña había desaparecido sin que se dieran cuenta. La niña no estaba allí junto a ellos, no se la veía cerca, y Miriam tuvo un doloroso pálpito.

El atropello, la gente queriendo ver lo que había pasado, el conductor del coche apoyándose en su vehículo, mareado, al borde del desmayo por lo ocurrido…

—Miriam, ¿qué te pasa? —preguntó Terry, asustado también.

—¡Annie! —gritó la muchacha, abriéndose paso entre los curiosos para poder ver lo ocurrido con sus propios ojos.

Los que eran apartados con las manos o a codazos, se volvían para mirarla, entre molestos e interrogantes. Al fin, Miriam llegó frente al morro del coche.

En el suelo, rota, sangrando, descubrió a una anciana de cabello blanco. La muerte la había recibido con los ojos abiertos.

El aspecto de la anciana no era nada tranquilizador. Aquel rostro tenía una fealdad visible y otra soterrada, oculta.

Miriam suspiró casi instantáneamente. Una anciana acababa de morir atropellada, pero no era la pequeña Annie.

—Una vieja —rezongó alguien, sin apartar la vista del hilo de sangre que fluía por la boca desdentada.

—Ha sido ella, ha sido ella —repetía el conductor del vehículo, tratando de hallar testigos en derredor que pudieran apoyar sus palabras.

Más tranquilizada, Miriam buscó a Annie con la mirada sin encontrarla. En aquel momento, se oyó la sirena de un coche patrulla que se acercaba veloz.

Miriam iba a abandonar aquel lugar, adonde acudían más curiosos junto con las intermitentes luces policiales, cuando descubrió la muñeca que habían regalado a Annie en el estudio de grabación: Aquella muñeca estaba en la mano de la muerta.

Sí, no cabía duda, era la misma muñeca, enteramente de trapo y para la que se estaba preparando una campaña de promoción y publicidad. Todavía no se había iniciado su venta, por lo tanto tenía que ser forzosamente la muñeca de la pequeña Annie.

—¡Annie, Annie, Annie! —llamó a gritos, esperando verla aparecer

entre los curiosos.

—¿Qué te pasa, Miriam? —preguntó Terry que volvía a estar junto a ella.

—¡La niña, la niña ha desaparecido y yo soy la responsable!

—Estará por ahí —dijo Terry mirando en derredor.

—¡Annie, Annie! —siguió llamando.

—¿Qué sucede, jovencita? —preguntó una voz desconocida junto a su oreja.

—Ah… —Miró al policía vestido con ropa oscura que parecía brillar en la desapacible no— che—. Agente, yo llevaba una niña y ha desaparecido…

—¿Una niña? —repitió, frunciendo el ceño al observar que Miriam era muy joven y, a su lado, Terry se ponía colorado.

—No, no es mi hija. Yo la cuidaba, tenía que llevarla a su casa.

—Ya, eres una canguro.

—Pues sí.

Terry permanecía en silencio.

—¿Cuántos años tiene la niña?

—Cinco. Se llama Annie, es rubia, de ojos azules y llevaba una muñeca.

—Mira a ver si está entre la gente y si no, ya la buscaremos. Te vas a llevar una bronca por perderla. ¿Qué estabas haciendo?

—Nada, agente, nada, pero…

—¿Pero qué?

—La muñeca, la muñeca es esa que la anciana atropellada tiene en su mano.

—¡Apártense, apártense! —pidió el agente.

Desde el coche patrulla, llamaron a la estación de policía pidiendo el envío de una ambulancia y la presencia del juez para proceder al levantamiento del cadáver.

El agente, que era de mediana estatura y muy fornido, se fijó en la muñeca que la anciana muerta aferraba en su mano y preguntó:

—¿Es esa?

—Sí.

—Bueno, será otra igual, digo yo.

—¡No! —replicó Miriam obsesivamente. Estaba muy nerviosa por la desaparición de la niña que le había sido confiada.

—¿Por qué no? Son todas iguales.

—No, no, es un modelo nuevo —puntualizó Miriam—. Precisamente la niña hacía el spot publicitario para su promoción.

—¿Una niña de la tele? —preguntó el policía.

—Sí, ella es la niña anunciante.

—Tranquila, tranquila, ya la encontraremos, estará escondida. Los críos son juguetones y más astutos de lo que pensamos.

El policía se abrió paso entre la gente buscando a la niña, más esta no aparecía por parte alguna. Llegó la ambulancia, también con sus luces parpadeantes y su sirena.

Hicieron fotografías con flash del cadáver y del automóvil. La policía exigió al propietario del coche que les acompañara y el vehículo fue conducido por un agente de paisano hacia el depósito policial para ser precintado y luego investigado.

Cuando Miriam y Terry se dieron cuenta, los curiosos habían desaparecido, también la policía y el cadáver del suelo; solo quedaba el rastro de la sangre vertida y unos cristalitos del faro delantero izquierdo.

—No está, no está —se quejó Miriam, anonadada. Era inútil continuar buscando en derredor; la niña no aparecía por parte alguna.

—¡Vaya con la cría! —se quejó Terry—. ¿Adónde diablos habrá ido?

—No lo sé, su casa está lejos de aquí. Habíamos venido en taxi y ahora íbamos a volver en el "metro".

—¿En el "metro"?

—Bueno, pagaban el taxi, pero así ahorrábamos un poco.

—Para tus gastos, claro.

—No seas idiota, tú no has oído nada.

El coche patrulla volvió a pasar cerca de la pareja con sus luces encendidas, pero ahora con la sirena muda.

—¿Qué, aún no habéis encontrado a la niña? —preguntó el agente con el que Miriam hablara antes.

—No, no está, ha desaparecido —dijo Miriam muy acongojada, acercándose al patrullero.

—Subid al coche, daremos una batida. Si la vemos, vosotros la reconoceréis enseguida.

Terry iba a objetar que él no la reconocerla, pero ya era tarde y opté por subir al patrullero. Si se alejaba en aquel momento, se convertiría en un sospechoso.

El vehículo arrancó. Miriam bajó el cristal de la ventanilla para escrutar la calle mojada.

Pasaba el tiempo. Cada vez había menos gente por las aceras y la poca que había, caminaban más aprisa. El cielo seguía encapotado por encima de los faroles, por encima de los edificios, un cielo que amenazaba llover frío, un frío que calaría hasta los huesos de cuantos no se guarecieran a tiempo.

CAPÍTULO II

—Yo, yo tengo que marcharme —dijo Terry al sargento de policía que le miró con ojos inquisitivos.

—¿Y vas a dejar a la chica sola?

—Ya se lo he dicho, solo es una amiga y yo no conozco a esa niña. He quedaría toda la noche, pero me esperan.

—Bien, pero antes tendrás que dejar tu nombre, dirección y teléfono por si tenemos que llamarte.

—¿Llamarme?

—Sí, en el caso de que la niña no aparezca, quizás tengas que responder a algunas preguntas.

Terry comprendió que se había convertido en sospechoso. Podían pensar que había entretenido a Miriam para que otro u otros se llevaran a la niña. Tragó saliva y se resignó, aunque con cierto miedo, temía a un interrogatorio policial.

Cuando el sargento le dejó marchar después de anotar sus datos personales, Terry se acercó a Miriam que se hallaba sentada en un banco de madera, pálida, ojerosa, hundida.

—He de irme. Mañana te llamo y me cuentas que ha pasado.

—Está bien. Siento haberte metido en este lío no entiendo cómo ha podido ocurrir.

Cuando el chico abandonaba la comisaria, tuvo que hacerse a un lado porque entraban precipitadamente un hombre y una mujer, ella envuelta en pieles y ambos con gesto de preocupación.

—¡Miriam! ¿Dónde está Annie, dónde está? —inquirió la mujer, yendo a su encuentro.

—No lo sé —respondió la joven con desaliento.

—¡Desgraciada! ¿Cómo has podido dejar que se perdiera?

—Calma, Helen, calma —pidió Daniel, su acompañante—. Gritando no conseguirás nada.

El sargento, olvidándose de otros casos que podían reclamarle, pues en la estación de policía había otras personas, unas para denunciar y otras retenidas hasta determinar si debían pasar al calabozo o ser puestas en libertad, se acercó a ella.

—Señora, ¿es usted la madre de la niña desaparecida?

—Sí, sí, soy yo.

El sargento carraspeó. Helen era una mujer hermosa, una mujer que dejaba oleadas de intenso perfume por dónde pasaba. Vestía con lujo y daba la impresión de cuidarse mucho.

—¿Están buscando a mí hija?

—Sí, señora, se están batiendo los alrededores del lugar donde ha desaparecido. Ahora, será mejor que responda algunas preguntas.

—¿Preguntas?

—Sí, la niña ha desaparecido. Ha podido ser una travesura y que ahora esté llorando en cualquier portal, pero también pueden haber ocurrido otras cosas.

—¿Qué cosas? ¿Insinúa que la han secuestrado?

—Tranquilícese, señora, yo no he dicho tanto, pero será mejor que nos dé una serie de datos. ¿Ha traído fotografías de la niña?

—Sí, claro.

Comenzó a abrir el bolso mientras el sargento se encaraba con el hombre para preguntarle:

—¿Es usted el padre?

—No, soy un amigo de la señora Webers.

—Bien —aceptó el policía.

—Mire, traigo dos fotos, una de cabeza y otra de cuerpo entero.

—Perfecto —aprobó el sargento, tomándolas—. No se preocupe, señora, encontraremos a su hija.

—Dios mío, sola y de noche… ¿Cómo habré podido fiarme de una chica que solo piensa en divertirse?

Miriam, que se sentía como apaleada, respondió:

—¿Divertirme? No sé quién se estaba divirtiendo.

—¿Cómo te atreves? Yo te la confié, te pago por tus servicios y vas y la pierdes.

—Por favor, Helen, ¿no ves que la chica también sufre? —intervino el hombre que vestía un gabán muy elegante. Todo en él era cuidado. No llegaría a los treinta años. Su cabello era oscuro, abundante y lucía un bigote ancho. Era fuerte e irradiaba virilidad, confianza.

—¿Dónde está mi hija, dónde está mi hija? —chilló de pronto, y se derrumbó rompiendo a llorar convulsivamente.

Daniel Harris le pasó el brazo por la espalda y la sujetó tratando de darle ánimos mientras miraba a Miriam.

No había ningún reproche en los ojos de aquel hombre y así lo entendió la muchacha que seguía sentada en el duro banco de madera.

Pasó algo más de una hora.

La orden de búsqueda se había dado a todos los patrulleros de la ciudad. Había que encontrar a una niña de cinco años, de cabellos rubios y ojos azules, que vestía un anorac blanco. La verdad es que, en la noche, la pequeña Annie era fácilmente destacable, pero no aparecía por parte alguna.

A medianoche, aplastándose los cabellos con la mano, apareció un detective policial que se presentó a sí mismo.

—Soy el detective Murray, estoy a las órdenes del teniente Lowell. —Bostezó, la noche estaba siendo larga para él—. Voy a abrir un *dossier* de la desaparición que espero termine antes del amanecer.

—Dios mío, mi niña perdida en la ciudad o raptada… ¿Qué le estará pasando?

—No se torture, señora, no lo haga hasta no saber algo concreto. En cualquier momento puede llamar un patrullero y la niña llegará a sus brazos sonriente.

—Lo dice para calmarme pero sabe que no es cierto. Las calles están llenas de salvajes malvados que en la noche se mueven como fieras al acecho y Annie, mi pequeña… No quiero ni pensarlo.

—Bueno, bueno, tranquilícese y hablaremos de todo. —Miró a Miriam y le dijo—: Tú entrarás la primera a mí despacho y me harás una declaración de lo ocurrido.

—Ya he hecho una —dijo la joven.

—Pues harás otra para mí. Quiero conocer todos los detalles, hay que encontrar a la niña cuanto antes.

—Lo explicaré todo de nuevo, pero poco hay que contar.

El detective se llevó consigo a la desolada Miriam.

Helen y su amigo Daniel se quedaron sentados en el incómodo banco, esperando su turno, aunque más que su turno, esperaban alguna noticia, que los patrulleros comunicaran el hallazgo de Annie en perfectas condiciones.

Miriam estuvo casi una hora hablando con el detective Murray. Salió de su despacho aún más agotada.

La madre de Annie la miró con rabia, pero volvieron a separarse porque fue la propia Helen Webers la que pasó a hacer su declaración con el detective Murray.

—Vaya trastorno —comentó Daniel, sentándose junto a Miriam.

—Sí es horrible. Por mí no me importa, ya he llamado a casa, lo malo es por Annie. Todavía no entiendo cómo ha desaparecido en el momento de producirse el accidente.

Todo ha sido tan rápido…

—¿Y estaba contenta Annie? Me refiero a si se veía disgustada.

—Muy contenta con su muñeca, pero luego, esa muñeca estaba en la mano de la vieja muerta. No entiendo nada.

—En la vida hay situaciones que ocurren así, no hay quien las entienda. ¿Fumas?

Miriam no era fumadora, pero aceptó aquel cigarrillo que el propio Daniel encendió con su mechero de larga llama azulada.

Tras dar un par de chupadas, Miriam se sintió como más desahogada. Aquel hombre joven y fuerte le transmitía confianza, seguridad, era distinto que estar junto a Terry. Terry le hacía mucha gracia, casi creía estar enamorada de él, pero Daniel era otra cosa, era el hombre por antonomasia.

—No debes torturarte. Tómalo como un accidente y un accidente puede sufrirlo cualquiera.

—Sí, pero Helen no lo ve así. Ahora me odia, me hace responsable, y en cierto modo tiene razón.

—Harás mal en torturarte, en hacerte culpable de lo que suceda. ¿Crees en el destino?

—¿El destino, piensas que está prefijado?

—A veces creo que sí, pero hemos de luchar contra él e imponernos.

—No acabo de entender lo que dices.

—Verás, hay personas con ciertas tendencias a las cuales terminamos por llamar “destino”.

—¿Te refieres a si en la vida de una persona se repiten ciertas dificultades?

—Supongamos el caso de una persona con tendencia a los accidentes. Habrá que buscar el por qué, que puede ser una causa física.

—¿Por ejemplo?

—Una mala visión de la que no se haya dado cuenta, mal oído, no asentar bien los pies en el suelo, lo que puede provocarle caídas… Después hay fallos culturales y de educación, como mala interpretación de las

palabras, lo que puede conducir a la pérdida de empleos.

—¿Tratas de decir que el destino está supeditado a fallos propios?

—En un buen tanto por ciento, sí. Incluso, el comportamiento frente a nuestro prójimo condiciona los resultados que podamos obtener en posteriores relaciones sociales o profesionales, claro está que si nosotros canalizamos el motivo de nuestra posible mala suerte, podemos encontrar la motivación y luchar contra ella. Es entonces cuando vencemos la supuesta mala suerte de nuestro destino.

—No había pensado en todo eso, es muy interesante —admitió Miriam —. Debes de tener muchas experiencias.

—Propias y ajenas, soy sociólogo.

—Ah —admitió, dando entonces por bueno todo lo que él pudiera decirle—. ¿Y psicólogo?

—Bueno, los primeros años de carrera son de psicología.

Daniel se levantó, se acercó al sargento y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo tardará en salir la señora Webers?

—Pues, no sé, poco o quizás mucho, nunca se sabe.

—Dígale que me espere, volveré por ella.

—Bien, se lo diré.

Daniel regresó junto a Miriam y le dijo:

—Vamos, te llevaré a tu casa.

—Preferiría esperar aquí hasta que aparezca la niña.

—Es posible que no aparezca hasta el amanecer. Además, no es bueno que Helen te vea cerca.

—Comprendo, me echará todas las culpas —suspiró, poniéndose en pie —. No hace falta que me acompañes, tomaré un taxi.

—No, te llevaré en mi coche.

Miriam bajó la cabeza. Lo cierto es que se sentía mejor si aquel hombre la acompañaba. Estar cerca de él la tranquilizaba y, al mismo tiempo, le transmitía una vibración agradable y excitante que antes no había sentido con ningún chico.

Subieron al coche, un modelo nuevo de gran cilindrada, y comenzaron a rodar sobre el asfalto mojado. Comenzó a caer agua-nieve, la noche se hacía más y más fría. Los limpiaparabrisas comenzaron a zumbar rítmica e intermitentemente.

Miriam trató de descubrir a la pequeña Annie mirando a través de los cristales empañados, pero la ciudad se veía solitaria. Puertas y ventanas cerradas, millares y millares de automóviles estacionados junto a las aceras,

muy quietos y ateridos, indefensos ante los ladrones nocturnos.
“Annie, Annie”, llamó mentalmente.

CAPÍTULO III

La noche era gélida y las luces de las farolas semejaban titilar.

Miriam sintió más frío del que cabía sentir a causa de la nieve. Era un frío interno que se le metía en los huesos pese a la protección de su cazadora de piel forrada.

En la calle no se veía a nadie, absolutamente a nadie.

Las luces solo eran las de las farolas, porque todas las ventanas de los edificios estaban a oscuras. Eran como ojos cerrados que se negaban a mirar hacia afuera, hacia los automóviles estacionados uno detrás de otro, como apretándose entre sí para guarecerse también del frío que sentían.

Ningún vehículo circulaba por el asfalto pintado con rayas indicativas, carriles que no conducían a parte alguna.

Miriam cruzó la amplia calzada con prisas, como temiendo que apareciera algún vehículo a gran velocidad y la atropellara, pero nada, ni siquiera un ruido.

Resultaba tan extraño como inquietante que la ciudad, aunque fuera de noche, careciera absolutamente de ruidos. Había más silencio aquella madrugada en la ciudad que en mitad del campo, donde hubiera podido oírse el rumor del viento agitando las hojas o el zumbido de algunos insectos.

Llegó frente a la boca del “metro”. Iba a pasar de largo cuando…

—¡Miriam!

Se detuvo, como no dando crédito a la voz que acababa de oír.

—¡Miriam!

La llamada se repitió. Era la voz de una niña, no cabía duda.

Se centró en la boca del “metro” y miró hacia abajo, hacia las rejas que cerraban el paso a los túneles, ya que a aquella hora de la madrugada, el “metro” no funcionaba.

—¡Annie, Annie! —gritó, reconociendo a la niña pese a estar detrás de los barrotes de la puerta metálica.

Se precipitó escaleras abajo. La niña rubia estaba allí, cogiendo con sus pequeñas manos los hierros oscuros y sucios de la puerta.

—Miriam, ¿me traes la muñeca?

—¡Annie! ¿Qué haces aquí dentro?

La joven forcejeó tratando de abrir aquella puerta de rejas de ballestas, pero no conseguía nada, no tenía la llave.

—Quiero mi muñeca, quiero mi muñeca —repetía Annie de forma casi obsesiva.

—Te sacaré enseguida de aquí, no vuelvas a perderte, tengo que ir a buscar…

Se interrumpió en su explicación. Había poca luz allí, solo la que les llegaba de una farola colocada encima de la boca del "metro", pero Miriam pudo ver los ojos de Annie, unos ojos que siempre habían sido azul claro y que ahora se veían de color rojo.

—¡Annie! ¿Qué te ha pasado en los ojos?

—Miriam, ¿tú me quieres? —fue la respuesta de la niña, una respuesta que nada tenía que ver con la pregunta de Miriam, pero tampoco era raro que así sucediera. No era fácil un diálogo coherente con una criatura como Annie.

—Claro que te quiero, pero ¿qué te ha pasado en los ojos? —insistió.

—¿Volverás mañana? —preguntó de nuevo la niña, sin dar respuesta a lo que Miriam deseaba saber.

—Pues claro. —De pronto, quedó pensativa—. No hará falta, porque saldrás de aquí enseguida, pediré ayuda y te sacaremos.

—Cuando vuelvas mañana, tráeme la muñeca.

Miriam introdujo la mano por entre los hierros para atrapar a la niña y que no se le volviera a escapar, pero Annie se desplazó con aparente naturalidad, de modo que no la pudo coger.

—Vuelve mañana y tráeme la muñeca. No te olvides, Miriam, la muñeca.

La niña se alejó hacia el interior del túnel.

Miriam estiró sus mimos por entre los barrotes intentando alcanzarla. Sus manos se movían en el aire como quien trata de cogerse a una cuerda para no hundirse en aguas cenagosas.

—¡Annie, Annie, no te vayas!

Se cogió a los hierros, sacudiéndolos con fuerza.

Había desesperación en la llamada de Miriam. Su voz no solo subía a la ancha calle de la ciudad que en la gélida madrugada semejaba desierta, sino

que se hundía en el túnel del “metro” hallando mil ecos extraños.

—¡Annie, Annie!

La niña había desaparecido de su vista. Tenía que llamar a la policía para que abriera la entrada del subterráneo y poder buscar a la niña, pero como si su simple voluntad alcanzara poderes desconocidos, la puerta de ballesta se entreabrió.

Miriam comprendió que podía pasar por allí si forcejeaba con la puerta y así lo hizo hasta abrir el espacio suficiente para penetrar. Ya no pensó en avisar a la policía.

Miriam se internó por el túnel buscando a la pequeña Annie que no podía estar lejos. Descendió a saltos por otra escalera, adentrándose en las entrañas de las galerías subterráneas.

Oyó con claridad el ruido metálico del paso de las taquillas y corrió hacia ellas tratando de alcanzar a la niña.

Cuando llegó a las taquillas, Annie ya no estaba en ellas.

Quedó desconcertada, sin saber qué dirección tomar. Un túnel y unas escaleras conducían a un andén por dónde tenía que pasar el tren, y otro túnel llevaba al andén contrario, como era lógico.

Al fin, descendió corriendo hacia uno de los andenes.

La iluminación era escasa, solo había luces piloto de mantenimiento. Las paredes estaban recubiertas de brillantes losetas y los pasos de carrera de Miriam se podían oír por los túneles.

—¡Annie, Annie, párate, no te escapes!

Jadeante, llegó al andén a tiempo de ver a Annie en el andén contrario, pero abandonándolo por la salida opuesta en dirección a los enlaces de la estación.

El silencio era absoluto.

—¡Annie, detente! —le gritó.

La niña no obedeció, continuó alejándose.

Miriam vaciló y terminó saltando a la vía cuando notó un temblor y luego un ruido que se aproximaba. Asustada, miró en las dos direcciones. Llegaba un tren a toda velocidad, con las luces encendidas.

Sintió auténtico terror al ver avanzar aquellos faros como dos gigantescos ojos que pertenecían a la cabeza de un siniestro monstruo surgido de las entrañas de la tierra y que iba a devorarla.

Saltó a los otros raíles y el tren pasó Junto a ella rozándola, haciéndolo temblar todo.

Miriam aspiró aire con fuerza para llenar sus pulmones cuando el

convoy formado por varios vagones se alejaba a gran velocidad.

Posiblemente fuera un convoy de revisión y mantenimiento interno de la línea, puesto que estaba cerrada al público.

Debido al haz de luz de los faros del tren, no había podido ver si el conductor la había visto a su vez. Se repuso del miedo pasado, había estado a punto de ser atropellada.

Gracias a que era joven y de cuerpo ágil y elástico, pudo saltar de las vías al andén sin aproximarse a las conducciones eléctricas.

Cuando estuvo sobre el andén se recuperó un poco.

Miró a un lado y a otro y la soledad de la estación le produjo miedo, un miedo al que no estaba acostumbrada.

Se hallaba en una ciudad que contenía millones de habitantes que permanecían estirados en sus lechos como cadáveres, aunque respirasen, y ahora, era como estar sola en un gigantesco cementerio y tampoco podía olvidar los crímenes que se cometían en la soledad de los túneles del “metro”.

Se lanzó a correr de nuevo como sí deseara aturdir su mente y apartar de sí la angustia que le hacía daño, aquella angustia que amenazaba con arrinconarla contra cualquier esquina, contra cualquier rincón de un túnel para anquilosaría y provocarle el convulsivo sollozo de terror en el que suplicaría que fueran a rescatarla cuanto antes, pues por sí misma era incapaz de huir.

Abandonó el andén y subió una escalera siempre corriendo por las galerías subterráneas, buscando a la pequeña Annie que parecía tener una capacidad inusitada para correr.

—¡Annie, Annie!

El eco devolvía su voz, el nombre de la niña se propagaba por los túneles en todas direcciones.

Túneles, escaleras, luces piloto, oscuridad, paredes con losetas, miedo, soledad, silencio, solo el ruido del jadeo.

—¡Annie, Annie!

—¡Miriam, estoy aquí! —respondió la niña.

Ho podía verla, pero el oír su voz le dio esperanzas de poder alcanzarla.

Cuando ya creía que no quedaba aire en sus pulmones, corrió aún más aprisa, dando celeridad a sus jóvenes zancadas.

Se precipitó escaleras abajo, ya no sabía ni dónde estaba.

Trataba de hallar letreros indicativos, pero no conseguía ver nada, todo se hacía borroso. Tuvo que agarrarse a una baranda de hierro para no caer

escaleras abajo, ya que acababa de perder el equilibrio.

Vació sus pulmones y volvió a llenarlos con aire nuevo, aire más cargado de oxígeno, aunque allí en los subterráneos de la ciudad, la mezcla de oxígeno en el aire parecía escasa, un aire viciado porque millones de seres humanos habían pasado por aquellos túneles durante el día y sus respiraciones habían quemado el oxígeno.

—¡Miriam! ¿Dónde estás?

—Annie, Annie, quédate quieta, quédate quieta —suplicó, exhausta, temiendo que la voz se rompiera en su garganta.

Cuando llegó a otra estación, a otro andén, vio la figurita clara, los cabellos rubios perdiéndose por el interior del túnel entre los raíles, corriendo hacia la oscuridad.

—¡Annie, Annie, no sigas!

Saltó a las vías sin pensar que poco antes había estado a punto de ser arrollada por un tren, pero era otra línea. Ahora, a través de los corredores de enlace, se hallaba en otro tendido férreo, en un oscuro túnel que no sabía adónde se dirigía.

Corrió en pos de Annie y pudo oír el chirrido de una puerta metálica abriéndose.

Apenas veía nada, solo un punto de luz a lo lejos, como advirtiéndole que allí había otra estación. Si giraba la cabeza, también podía ver la entrada del túnel por el que acababa de introducirse.

Se detuvo desorientada, tratando de oír y ver.

De su bolsillo sacó el pequeño encendedor y la llamita azulada le dejó ver una oquedad en la pared del túnel. Se acercó a ella y descubrió una puerta de hierro abierta. Supuso que Annie había entrado por allí y ella hizo lo propio.

Se encontró con unos peldaños ascendentes, eran de piedra, metidos en una galería estrecha. A derecha e izquierda, podía tocar las paredes con ambas manos.

Llegó a un punto alto. La galería subterránea era un pasadizo de unos dos metros de altura por poco más de uno de ancho. Anduvo como treinta o cuarenta pasos y luego se encontró conque el suelo tomaba una inclinación descendente.

—¡Annie, Annie!

—¡Miriam! —respondía la voz de la niña, mezclándose con los ecos de la llamada.

Corrió por la rampa casi golpeándose con las paredes y tuvo la

impresión de que se adentraba más y más en las entrañas de la Tierra.

Al fin, vio una puerta de hierro, también abierta. Pasó bajo su dintel y se detuvo, desconcertada.

La llamita de gas le permitió ver el lento discurrir de las aguas negras entre dos pequeñas aceras por las que se podía caminar sin tener que hundir los pies en las aguas residuales que descendían de los grandes edificios repletos de cuartos de baño.

—¡Annie, Annie!

Los chillidos de las ratas, como primera respuesta, la asustaron. Pensó que la niña, con solo cinco años y sin luz alguna, estarla mucho más a merced de las malditas bestias.

—¡Miriam, Miriam!

Siguió la dirección que le marcaba la voz, tanteando las paredes para no hundirse en las aguas residuales.

De pronto, su mano, que seguía la pared para no desviarse de ella, se encontró con un hueco.

Por unos instantes, creyó que era otra galería, pero no, aquel hueco era una abertura que conducía a alguna parte.

Volvió a encender la llama del pequeño mechero que podía agotar su carga de un momento a otro.

—¡Miriam, estoy aquí!

No cabía duda. La niña se había introducido por aquel hueco que tenía escasa profundidad y terminaba en una pared perpendicular. Allí nacía una escalera, si es que así podía llamarse a los hierros en forma de peldaños, unos independientes de otros, que se empotraban en el muro de piedra.

Al cogerse con la mano a uno de los hierros, notó que eran viejos, muy viejos, el óxido se deshizo entre sus dedos. Trepó, tenía que llegar a alguna parte.

Ascendió por una especie de pozo o galería vertical. Arriba, la trampilla estaba abierta y vio luz, una luz que fue en aumento. Sin ser mucha, a Miriam le pareció suficiente. De lo que no tenía ni la más remota idea era de en qué lugar se encontraba.

Cuando estaba a punto de alcanzar la abertura de la trampilla, sosteniendo un candelabro de una sola vela, apareció un ser entre fantasmagórico y espectral que ofrecía una imagen terrorífica. El rostro, casi una calavera, estaba rodeado por largos y enmarañados cabellos canosos de tonalidad amarillenta.

—Bienvenida —le dijo con voz lenta, quejumbrosa, una voz que no

parecía salir de garganta humana.

Aquel ser tendió su mano esquelética hacia Miriam pretendiendo cogerla. El terror hizo que ella se soltara de los barrotes-peldaño que surgían de la pared y cayó al vacío de espaldas, al fondo de aquel pozo, como si este fuera una sima insondable que solo podía terminar en las entrañas de la tierra donde debían retorcerse espíritus atormentados.

—¡Aaah! —gritó mientras caía, alejándose de aquella mano esquelética que parecía darle la bienvenida a un mundo que estaba más allá de la vida.

CAPÍTULO IV

El cielo estaba gris y el viento empujaba algunos papeles por la calle. La circulación era la normal a aquella hora de la mañana.

Miriam salía de la estación de policía. Se detuvo en la puerta y miró la hora en su reloj. Las once y media.

Terry llegaba en aquellos momentos. De su mano colgaba un casco de motorista de color rojo, con un rayo de color negro dibujado a los lados.

—Hola, Terry. ¿Te han citado? —le preguntó Miriam con cierto sentido de culpabilidad, pues se consideraba responsable de que el muchacho tuviera problemas.

—Esto es una mierda, Miriam. Sí, me han citado, tengo la impresión de que sospechan de mí. —Miró a los ojos de la muchacha y preguntó—: ¿Se ha sabido algo?

—Nada.

—Vaya —dijo con cierto desaliento mientras movía el brazo, utilizando el casco como péndulo al final de su mano—. No lo entiendo, se la debió llevar alguien en un coche, no cabe otra explicación.

—Sí, eso debió ocurrir. Salíamos de la grabación, ella llevaba la muñeca que acababan de regalarle, te vi a ti, nos pusimos a charlar y luego, el accidente…

Terry suspiró.

—Bien, voy adentro. ¿Qué tal humor tiene el detective?

—Parece un buen tipo, pero esté muy malhumorado. Se ve que la madre de Annie ha hablado por teléfono con el alcalde y hasta es posible que le quiten este caso al detective Murray.

—Entonces, lo voy a encontrar quemado. Espero que no la tome conmigo.

—Tú contéstale bien y ya está.

—Es muy fácil decirlo, pero…

—¿Pero qué? Tú tienes la conciencia tranquila, ¿no?

—Sí, claro, pero hay algo que no sabes.

—¿El qué?

—Que me han pillado un par de veces con una papela encima.

—¿Te drogas?

—Bah, era para esnifar un poco, nada de tráfico, pero me dijeron que terminarían por enjaularme y, la verdad, tengo miedo. En mi casa no saben nada y ahora, solo falta este maldito lío de la niña para que los polis la tomen conmigo.

Se separaron. Los dos estaban preocupados y molestos.

Ya dentro de la estación de policía, Terry preguntó:

—¿El detective Murray?

—Un momento —le pidió el agente de uniforme que atendía a quienes llegaban.

Al poco, Terry fue conducido a un despacho donde aguardaban tres hombres, uno de los cuales era el detective Murray. Los tres mostraban ojeras en sus rostros malhumorados, fruto de demasiadas horas sin dormir.

—Y bien, Terry, ¿vienes dispuesto a contarlo todo? —le soltó el detective Murray.

—¿Todo? Ya lo conté.

—Bien, bien —asintió el detective.

Se llevó a los labios el cigarrillo a medio consumir y rodeó la mesa para sentarse en un canto de la misma, muy cerca del muchacho.

—Terry, es mejor para todos, especialmente para la niña, que nos cuentes todo lo que sabes.

—Si no sé nada, ya lo dije. Estaba charlando con Miriam cuando hubo un atropello en la calle, Miriam buscó a la niña y ya había desaparecido.

—¿Por qué estabas allí?

—Iba a reunirme con unos amigos, ya lo dije.

—Sí, dijiste muchas cosas, entre ellas que ibas a reunirte con tus amigos, pero no nos has dicho quiénes son esos amigos. Anda, quítate la cazadora.

—¿La cazadora, por qué?

—Así estarás más cómodo.

—Oiga, detective, si tiene algún cargo contra mí, lo dice, llamaré a mí casa y traerán un abogado.

—Nadie ha dicho que tenga nada contra ti, pero una niña ha desaparecido y hemos de averiguar su paradero.

—Que la busquen los patrulleros.

—Eso están haciendo desde hace cuarenta horas. Vamos, quítate la cazadora.

—Esto es absurdo, busquen a otro sospechoso. ¿Para qué habría yo de raptar a esa niña?

—Yo no he dicho nada de raptos, lo has mencionado tú. Ahora, vas a darnos una lista completa de tus colegas y quiero saber hasta la marca del slip que usan.

Terry tragó saliva. Empezaba a comprender que el detective Murray, a falta de otros sospechosos, pretendía culparle e insistía en que él formaba parte de una banda de jóvenes delincuentes que habían planeado secuestrar a la pequeña actriz de los spots televisivos, y él había hecho el trabajo de distraer a Miriam, la chica que cuidaba de Annie. —Conmigo pierden el tiempo —suspiró, resignado, entregándole su cazadora.

El detective Murray tomó la prenda y la arrojó por el aire hacia uno de sus compañeros que al igual que el otro, había permanecido en silencio.

—Terry, te han encontrado varias veces traficando con droga.

—¡Eso no es cierto!

—¿Niegas que te encontraron unas papelas encima?

—¡A mí no me han hecho cargos nunca!

—Chico, se te va a caer el pelo —rezongó el detective que había estado registrando la cazadora.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—Mira, una papela, y por el aspecto, yo diría que es caballo.

—¿Caballo? No es cierto, no es cierto —brincó Terry airado, poniéndose en pie, mientras el tercer detective le ponía las manos sobre los hombros y le obligaba a sentarse de nuevo.

—Pues, yo he encontrado esto —dijo el detective que sostenía la cazadora, mostrando el pequeño envoltorio como si se tratara de un trofeo.

—¡No es mía, no es mía!

Sarcástico, Murray rezongó:

—No me digas que un desconocido te la ha metido en el bolsillo sin que te dieras cuenta… vamos, vamos, esa historieta ya la conocemos.

—¡No es mía, yo no la llevaba, ha sido él, ha sido él! —chilló, señalando al detective que había registrado su cazadora.

—Los chicos como tú, que andan demasiado por la calle, acaban metiéndose en problemas. Será mejor que hables o tendremos que…

—No irán a meterme cargos por esa papela, ¿verdad? —preguntó, asustado.

Le temblaba la voz, temiendo que ya no iba a salir de la estación de policía.

—Ayúdanos y te ayudaremos —le dijo cínicamente el detective.

—¿Cómo? ¡Si no sé nada!

—Vamos, desnúdate.

—¿Qué?

—Que te desnudes —exigió el detective Murray.

El policía que supuestamente encontrara la droga en la cazadora del chico, dijo mordaz:

—Es posible que en los zapatos encontremos más, estará hecho un buen camello.

—¡No pueden hacerme esto! —protestó Terry.

—¿Ah, no? ¿Y cómo vas a evitarlo, llamando a tu mamá?

—Si no encontramos nada más, es posible que no te ponga cargos. Ya se sabe, el consumo no es delito, pero…

Terry, puesto en pie, tuvo una reacción de pánico y trató de llegar a la puerta, pero le cortaron el paso y lo empujaron contra la silla violentamente.

—Vamos, chico, aún puedes salir bien librado de este feo asunto —le dijo el detective Murray—. Cuando venga el teniente, va a ser peor para ti.

Amedrentado, Terry comenzó a desnudarse; iban a registrar sus ropas, a examinar su piel. Uno de los policías señaló sus nalgas.

—Tiene marcas de pinchazos —dijo.

—Estuve enfermo y me dieron inyecciones de antibióticos —protestó Terry que comenzó a sentir el frío y la humillación de la desnudez.

Los demás hombres estaban vestidos y no tenían prisa alguna porque él se vistiera, es más, uno de los agentes se llevó todas las ropas, incluidos los zapatos, para inspeccionarlas en otro departamento.

Terry tragó saliva. Aquel iba a ser un mal día para él, mejor hubiera sido no levantarse de la cama.

CAPÍTULO V

Helen Webers ocultaba la palidez y las ojeras de su rostro bajo un exquisito maquillaje. Helen no se aplicaba cualquier marca de cosméticos o perfume, seleccionaba siempre lo mejor, lo más caro, aunque tuviera que restarlo de otras partidas de gastos de su economía doméstica.

Llevaba un chaquetón de piel de zorro rojo canadiense, una prenda algo más ligera que el abrigo de pieles que solía usar por las noches.

Era una mujer sofisticada que hacía ostentación de riqueza, de cierto buen gusto y del máximo de apariencia de juventud.

Lo que pudiera haber dentro de su cerebro, no tenía tanta importancia, bastaba con soltar los tópicos al uso. De esta forma, siempre tenía la verdad en su boca y la seguridad de estar por encima de los demás mortales.

Cubría sus ojos con unas gafas de sol modelo Cartier, aunque no hacía sol precisamente. El cielo estaba encapotado y dentro del coche, ninguna luz podía herir sus retinas, pero sabía que los mejores cosméticos no habían podido disimular totalmente las ojeras y las gafas ayudaban mucho.

Daniel había disminuido la velocidad del coche acercándose a la acera como buscando algo. Helen le interrogó con la mirada.

—Ahí está Miriam —dijo él, haciendo un gesto con la mano.

Helen reconoció a la muchacha y torció el gesto. Era evidente que no esperaba encontrarla.

Daniel dio un corto claxonazo, rebasó a Miriam unos metros y detuvo el vehículo.

La joven les reconoció y se acercó a ellos. Su mirada reflejaba preocupación; era evidente que no deseaba estar cerca de la madre de Annie que la culpabilizaba de la desaparición de la niña.

—Buenos días —les saludó.

Daniel pasó su brazo por encima del cuerpo de Helen que se sentía un tanto ofendida y abrió la portezuela que era más ancha de lo normal, ya que aquel automóvil era un modelo sport de dos puertas.

—Sube —la apremió el hombre en medio del silencio de Helen que hubiera preferido no encontrar a la muchacha.

Miriam, más que por deseo o necesidad, subió al coche obedeciendo el tono apremiante de Daniel Harris.

Pasó por detrás del asiento de Helen. El hueco que dejaba la puerta era justo, pero suficiente para una persona delgada como Miriam.

Se instaló en los asientos posteriores, donde no quedaba mucho espacio para las rodillas. Se sintió incómoda, otra cosa hubiera sido encontrar solo al hombre.

Cuando el coche reanudó la marcha, Daniel Harris preguntó:

—¿Has estado en la comisaría?

—Sí.

Helen, separando poco los labios para hablar, inquirió:

—¿Han averiguado algo?

—Por ahora, nada, lo siento, están buscándola todo lo que pueden.

—Sí, sí, todo lo que pueden, pero no aparece. Si no te hubieras puesto a charlar con golfos…

—Terry no es ningún golfo —replicó Miriam, harta ya de cargar con toda la responsabilidad por lo sucedido.

Daniel inquirió:

—¿Qué dice el detective Murray?

—Me ha estado haciendo preguntas y le he respondido a todo. Al salir yo, entraba Terry, a él también tenían que hacerle preguntas.

—Tendrían que aplicarle el tercer grado para que hablara —opinó Helen, estirando el cuello.

—Por más que le golpeen, Terry no puede decir nada porque nada sabe —protestó Miriam—. Sería una salvajada si le golpearan y habría que denunciarlo al juez.

—¿Y tú qué sabes? Eres una criatura ingenua. Dios mío, si no aparece…

Helen rebajó su talante duro para dejar paso a unas lágrimas que hicieron más daño a Miriam que la dureza de las palabras anteriores.

—Tiene que aparecer. Su imagen tendría que salir por televisión, así la encontraríamos antes.

—Eso ya está solucionado —dijo Daniel—. Saldrá esta misma noche, a la hora de mayor audiencia y por varios canales al mismo tiempo. Si alguien ha visto a Annie o la tiene cerca, la reconocerá, no te quepa duda.

Miriam se acomodó mejor en los asientos posteriores, la noticia de que

la imagen de Annie iba a salir en la televisión la tranquilizó. Miró la calle a través de los cristales y le hizo saber a Daniel:

—Me estoy alejando de la dirección de mí casa, será mejor que me apee y tome el bus.

—No, no, Miriam, es mejor que vengas con nosotros.

—¿Adónde?

—A la Morgue.

Aquella palabra la sobrecogió. No había estado jamás en el depósito de cadáveres y le asustaba la idea de entrar en aquel recinto que, pese a ser aséptico, sin duda tenía que resultar siniestro.

—¿La Morgue? ¿Para qué vamos a ese lugar?

Esta vez, fue Helen quien respondió:

—La policía me ha pedido que trate de identificar un cadáver.

Con marcado recelo, Miriam preguntó:

—¿Alguien conocido?

—La vieja que falleció en el atropello.

—Ah. —Hizo una larga pausa y añadió—: Yo no la conocía.

Daniel objetó:

—La viste de noche en la calle, recién atropellada y mientras buscabas a la pequeña. Es muy posible que apenas te fijaras en ella. Sería muy conveniente que también trataras de identificarla.

—Pero, si no la conozco —repitió.

—Daniel tiene razón, es mejor que trates de identificarla. Por lo visto, esa vieja atropellada también es un misterio. No llevaba identificación alguna encima y no se sabe quién es.

—¿Y nadie ha denunciado la desaparición de una anciana? —preguntó Miriam.

Sin dejar de prestar atención a la conducción del automóvil que avanzaba sorteando a otros vehículos con habilidad, Daniel explicó:

—En una ciudad como esta, con millones de habitantes, cada día desaparecen ancianos y en muchas ocasiones, nadie se interesa por encontrarlos. Para muchos, es un alivio esa desaparición. Es cruel lo que digo, pero es una realidad y lo afirmo como sociólogo. Al cabo del año, las autoridades se encuentran con más cadáveres de ancianos sin identificar de los que desearían.

—Es un trámite para hacernos perder el tiempo porque la policía solo da palos de ciego —se lamentó Helen—. Todos esperamos que llamen por teléfono para pedir un rescate y lo trágico es que yo no tengo para pagar

rescates. Tendré que avisar a John, el padre de Annie, él sí podría pagarlo, es rico. Yo solo tengo una pensión mensual y lo que consigo escribiendo en revistas femeninas, que es una miseria.

Miriam había oído hablar en varias ocasiones del padre de Annie. Sabía que ganaba mucho dinero en sus negocios, pero que también lo gastaba en los placeres que le habían abocado al divorcio.

El tal John vivía lejos, en otra ciudad, y no parecía preocuparse poco ni mucho por su hija ni por su ex-mujer.

—Ya estamos —dijo Daniel.

Introdujo el coche en un estacionamiento privado y después, los tres se dirigieron al edificio de la Morgue.

Décadas atrás, allí debía haber un insoportable olor a cadáver, un olor que se pegaría a las paredes, a las ropas de los servidores.

Ahora, era un recinto limpio y aséptico que no olía más que al cigarrillo que se pudiera estar fumando.

No había aullidos de perros cerca de los muros, tampoco chillidos de ratas buscando un despojo humano. Todo estaba en orden, limpio, brillante.

Un funcionario les atendió. Helen Webers dijo que les enviaba el detective Murray y el funcionario les condujo ante los cajones-armario frigoríficos. Cogió un asa y tiró de ella. El cajón contenía un cadáver cubierto con una sábana.

El funcionario, tan aséptico como cuanto le rodeaba, levantó parte de la sábana para descubrir la cabeza del cadáver y que pudieran verla.

Todos miraron aquel rostro desagradable.

La ancianidad podía tener una cierta belleza si estaba impregnada de serenidad, pero aquella anciana tenía el rostro crispado.

Sin embargo, la mueca de su boca era una sonrisa de burla, de sarcasmo. Los cabellos blanco— amarillentos estaban desordenados, pero no había sangre en ellos, durante la autopsia debían haberlos lavado.

Pudieron ver el corte mal cosido en la parte alta de la frente, junto al nacimiento de los cabellos. Era la evidencia de que le había sido practicada la autopsia para determinar de forma oficial la causa de la muerte.

El atropello no le había afectado directamente el rostro, aunque era posible que tuviera heridas irreparables dentro de la cabeza.

Miriam se sintió especialmente atraída por los ojos de la anciana, unos ojos que permanecían abiertos, sorprendidos por la muerte, o abiertos durante la inspección forense.

El cadáver tenía los ojos vidriosos, ojos de muerte, pero eran azules,

muy claros. Miriam tuvo miedo sin saber por qué, aquellos ojos la impresionaron profundamente.

—No, no la conozco —dijo Helen cerrándose el abrigo de pieles alrededor del cuello, como sintiéndose atacada por el frío que emanaba del cadáver.

A Miriam le pareció que en la voz de la madre de Annie también había algo raro. La negativa de Helen tenía algo de rechazo visceral, un sentimiento que la propia mujer no podía explicar en aquellos momentos y para el que no hallaría razones lógicas.

—Miriam, ¿seguro que no la has visto nunca antes? —preguntó Daniel.

—Sólo la vi en el accidente, antes no la había visto nunca. —Se volvió hacia el funcionario de la Morgue y le preguntó—: ¿Y la muñeca?

—¿La muñeca? —repitió el hombre, perplejo.

—Sí, en el lugar del atropello quedó una muñeca, pero no era de la anciana.

El funcionario cubrió de nuevo el rostro del cadáver y cerró el cajón frigorífico que lo preservaba de la descomposición natural.

—Un momento —pidió.

Pasó a otro departamento donde, en cajas numeradas, guardaban los efectos personales de los cadáveres allí depositados, a la espera de ser reclamados.

—Sí, aquí hay una muñeca.

Los tres fueron a la otra dependencia que tenía la puerta abierta. Sobre una mesa estaba la caja de cartón. Todos miraron la muñeca de trapo que a Helen debió parecerle horrible.

En aquel momento, sin siquiera pensarlo, Miriam decidió mentir, una mentira leve que creyó necesaria.

—Esa muñeca la llevaba yo en el momento del atropello y se cayó allí en medio de la confusión.

La cogió entre sus manos. El funcionario torció el gesto.

—Lo siento, pero ha de quedarse aquí hasta que…

Con una habilidad prodigiosa, Daniel le puso unos billetes en la mano al tiempo que decía:

—Es solo una muñeca, y ya ha oído que es de la joven.

Sin saber a ciencia cierta cuántos dólares había en aquellos billetes, el funcionario cerró la mano.

—Está bien, si es suya, pero mejor no digan nada de esto a nadie. Comprendan mi responsabilidad, este cadáver todavía está sin identificar.

Abandonaron la Morgue.

Ya en la calle, Helen Webers semejó tranquilizarse. Ella ansiaba encontrar a su hija y la Morgue era el peor lugar donde se podía estar buscando a alguien.

—No entiendo por qué te has empeñado tanto en coger esa horrible muñeca —se quejó Helen.

—Gracias —le dijo Miriam a Daniel—. Me la dieron en el estudio de grabación.

Volvió a mentir temiendo que la madre de Annie le arrebatara la muñeca, aunque solo fuera para arrojarla después a un container de basura.

—Bueno, adiós, me voy a tomar el bus —dijo Miriam.

—No, espera —le pidió Daniel—. Te llevaré.

Antes de que el hombre pudiera evitarlo, Helen, molesta, paró un taxi levantando su mano y abrió la portezuela con toda rapidez.

—¡Llámame mañana! —dijo Helen justo antes de cerrar la puerta.

El taxi se puso en marcha, alejándose.

—Se ha molestado —opinó Miriam, apretando entre sus manos la muñeca de trapo, una muñeca que a Helen le había parecido horrible porque no había sabido mirarla con ojos de niña.

—Está muy angustiada y es lógico. No quería dejarla sola, claro que no va a estar sola.

—¿Viene su ex-marido?

—Lo ignoro, pero los policías van a ir a su apartamento a partir de esta noche. Cuando salga la imagen de Annie por televisión, es seguro que comenzará a recibir llamadas.

—¿De los posibles raptores?

—Raptores, granujas, psicópatas, bromistas del peor gusto… Habrá de todo y muchos tratarán de sacar tajada de este asunto.

—¿Te refieres a que se harán pasar por raptores sin serlo para intentar cobrar un rescate?

—Sí, la policía cuenta con ello y va a montar un servicio de vigilancia muy fuerte. Por eso, al principio se resistían a que la imagen de

Annie saliera por televisión y en los periódicos. Los lobos y las hienas están al acecho. Esperan horas amargas a Helen, por eso me gustaría estar con ella.

—¿La quieres?

Daniel se la quedó mirando a los ojos y sonrió al responder.

—Haces cada pregunta… Vamos al coche, te llevo.

Fueron a buscar el coche y con él salieron de nuevo al asfalto de la ciudad, una ciudad que ahora multiplicaba su tráfico rodado porque entraba en la hora punta del mediodía.

—¿Sabes una cosa, Daniel?

—Si no me la dices —respondió, deteniendo el vehículo frente a un semáforo en rojo.

Miriam manoseó la muñeca con visible nerviosismo.

—No tengo ningunas ganas de volver a mí casa ahora.

—¿Qué dirá tu familia?

—Suelo comer en algún "burguer", les llamo por teléfono y nadie se preocupa.

—Verás, conozco un lugar, algo lejos de la ciudad, donde se está bien y no se come mal. Los que todavía no habéis cumplido los veinte, lo mismo os da comer una cosa u otra, por eso sois consumidores de las salchicherías.

—No creas, lo que pasa es que comemos barato porque no tenemos pasta y no por eso nos hacemos mala sangre. Al atardecer me encontraré con una panda.

—¿En un *pub* o discoteca?

—En un *pub* donde sirven buena cerveza.

—No te preocupes, te llevaré allí. No creas que soy un carroza o un amortizado como soléis decir, aún no he cumplido los treinta.

—Y Helen Webers, ¿los ha cumplido?

—Estás muy preocupada por ella.

—Esa mujer tenía abandonada a su hija, apenas la veía. Se la debió quedar cuando el divorcio solo para fastidiar al marido. La pequeña no tenía amor de padres.

—No es un caso aislado.

—¿Quieres estudiar a la gente de la panda? —le preguntó con una sonrisa—. Como eres sociólogo.

—Siempre es interesante conocer a la gente y más si esa gente forma grupos. Se estudia especialmente las motivaciones individuales que empujan al gregarismo.

—Uy, será mejor que no les hables a mis amigos de esa manera.

—No te preocupes. ¿Sabes? Me interesas mucho.

—¿Yo? —se asombró.

—Sí. Tú vives una situación de malestar y angustia, te sientes en cierto modo culpable de la situación y no sabes adónde agarrarte, quizás por eso has tomado esa muñeca que seguro no es tuya sino de Annie.

—Cierto, es de Annie —admitió, posando sus ojos en la muñeca mientras salían ya de la ciudad.

—Aunque intentas no demostrarlo, estás pasando por una situación muy dura y no quieres pedir ayuda; sin embargo, yo te la ofrezco.

—Gracias. La verdad es que quiero mucho a Annie, es como una hermanita pequeña para mí. He cuidado de ella en muchas ocasiones y es una forma de ganar un dinero, pero Annie es algo más.

—¿Crees que la niña siente algo parecido hacia ti?

—Sí, es posible que ella me vea como a una hermana mayor.

Miró a ambos lados de la carretera. Habla nieve, no cubriéndolo todo sino en manchas, aquí y allá, pero cuanto más se alejaban de la ciudad, más nieve veían y el cielo seguía cubierto por la masa gris que dejaba pasar débilmente la luz solar.

Daniel detuvo el coche frente a un restaurante de montaña. Tejados de pizarra negra, paredes de piedra, maderas bien barnizadas y atrayentes cortinas detrás de los cristales de las ventanas.

Sin abandonar el auto, Daniel le dijo:

—Podemos entrar en ese restaurante donde seremos bien atendidos, pero si lo prefieres, podemos ir a un chalé que tengo cerca de aquí.

—¿No tienes bastante con ligarte a Helen?

—Si piensas así, mejor entramos en el restaurante.

El hombre abrió la portezuela y el aire gélido del exterior penetró en el vehículo.

—Espera, no te lo tomes así, pero si acepto, puedes pensar otra cosa de mí.

—¿Otra cosa? —La miró sonriente—. Eres una joven preciosa aunque te vistas con esos pantalones y esa cazadora.

—¿No te gusta mi ropa?

—Cada cual es libre de vestir como prefiera, pero tengo la impresión de que tú quieres ofrecer una imagen anti-sexy, aunque sea de forma inconsciente.

—Atiza.

¿Miriam sonrió son soltar la muñeca, como si se tratara de una batería eléctrica y ella viviera gracias a la energía que esta le proporcionaba.

—Yo diría —opinó Daniel, cerrando de nuevo la portezuela—, que nuestra forma de vestir está sometida a varios y muy distintos condicionamientos: El momento social y de moda que se vive, la necesidad económica o, por contra, la riqueza, pero luego está la imagen consciente

que se quiere mostrar y la forma inconsciente de ofrecer una imagen. Esta última puede obedecer a motivos ocultos incluso para nosotros mismos.

—Oye, ¿siempre hablas como un psicólogo?

—Disculpa, admito que me estoy pasando. Vamos.

Dio de nuevo a la llave de contacto para escapar de aquel lugar.

CAPÍTULO VI

El chalé estaba dentro de una urbanización donde abundaban los árboles. Allí no había casas que no fueran unifamiliares y bastante distanciadas entre sí.

No existía el riesgo de que algún vecino utilizara el retrete de madrugada y otro vecino se despertara con el ruido de la cisterna.

Una sala no demasiado grande, a dos niveles y con una escalera que conducía a dos habitaciones con aseo independiente, era casi todo lo que allí había.

La casita estaba muy fría y Daniel puso en marcha las placas de calefacción eléctrica. También prendió fuego a la leña que ya estaba dispuesta en la amplia chimenea.

Miriam se acercó al hombre y a las llamas, las cuales se reflejaron en los ojos de ambos.

—Siempre me ha atraído el fuego —confesó.

—Contemplar las llamas, tranquiliza, relaja los nervios.

—¿Es una terapia recomendada por los médicos?

—Lo cierto es que podría recomendarse. Mirar las llamas no cansa nunca y no te priva de pensar. Dentro de un rato, estaremos bien aquí, ahora hay que buscar algo para beber y comer.

—¿Tienes comida aquí?

—Sí, en un congelador. Sacaré carne y la asaremos en una parrilla dentro de la propia chimenea. También hay pan que calentado al fuego sabrá casi como recién horneado. —Y bebida, ¿tienes cerveza?

—Sí, no faltaría más.

Daniel puso en marcha una cadena de disc-compact-láser en la que estaban grabadas obras de Tchaikovsky. La música invadió el chalé en un volumen más bien bajo, que no pudiera estorbar al diálogo.

La comida hecha en la chimenea le pareció una maravilla a la muchacha.

—¿Sabes una cosa, Daniel?

—Espero que me la digas —le respondió él.

—Me gustaría vivir siempre así, en una casa como esta, con este ambiente.

—Bueno, así no es la vida, así son momentos de la vida, que es distinto. La vida es una lucha continua donde tenemos fracasos o victorias y hay que tener un refugio donde poder sentirse a gusto, pero quedarse siempre encerrados en el refugio no es bueno, indica miedo al mundo y no se puede ser cobarde si se desea vivir.

—Todo parece fácil cuando tú lo dices, pero ¿cuántos tienen un refugio tan agradable como este?

—Cierto, tienes razón —admitió él con la jarra de cerveza en la mano.

—¿Sueles traer aquí a tus ligues?

—Si te refieres a que voy a la caza de hembras para traerlas a mí guarida y luego devolverlas al asfalto, te equivocas. No voy de ligón por el mundo, pero si surge el ligue, puedo venir aquí, ir a un hotel o a la casa de ella. Esto no es una trampa para seducir mujeres, es un lugar al que vengo para descansar y relajarme ¿Y a Helen la traes aquí?

Te preocupas demasiado por ella. Somos amigos.

¿Eso es todo? —insistió, con una sonrisa mezcla de picardía y suficiencia.

—¿Crees que es justo que me sometas a este interrogatorio?

—No, admito que no tengo ningún derecho a entremeterme en tu vida.

Daniel miró hacia la ventana. Vio puntitos blancos al otro lado del cristal y dijo:

—Creo que empieza a nevar.

—¿No podremos salir de aquí?

—Sí, seguro, pero voy a esconder el coche en el garaje y a traer más leña para la chimenea. Ahí tienes el teléfono por si quieres llamar a tu familia y también un televisor.

Hay un video y unas cuantas películas por si quieres que veamos alguna.

Daniel la dejó sola.

Miriam se puso en pie y recogió platos y jarras, todo cuanto habían utilizado para comer, y lo trasladó a la pequeña pero bien equipada cocina que había junto a la sala.

Allí había un lavaplatos e introdujo en él cuanto había por limpiar, aunque no lo puso en marcha.

De pronto, sonó el timbre del teléfono, so— sobresaltándola.

—¡Daniel!

El hombre continuaba afuera, con el coche, y no debía haber oído el timbre que seguía sonando.

Miriam se acercó al teléfono y lo miró. Era de color rojo y sonaba insistentemente. Al fin, se decidió a descolgarlo, temiendo que se perdiera una llamada que podía ser importante para Daniel, aunque también podía ocurrir que fuera una de las amigas del sociólogo y se molestara al oír una voz femenina como respuesta.

—¿Diga? —preguntó.

—¡Miriam!

—¡Annie, Annie! ¿Ya te han encontrado? ¡Qué suerte, Dios mío, qué suerte!

—Acuérdate de darme la muñeca cuando nos veamos, Miriam.

—Sí, claro que me acordaré. Dile a tu madre que se ponga…

Se cortó la llamada bruscamente y pudo oír el largo y significativo pitido.

En aquel momento volvía Daniel cargado de leños bien cortados que habrían de seguir proporcionando fuego a la chimenea.

—¿Pasa algo?

—¡Daniel, Annie, Annie…!

—¿Qué ocurre, has llamado a alguien?

—No, no, ella ha llamado aquí.

—No he oído el timbre del teléfono.

—Estabas con el coche. Ha sido Annie, está bien, está bien…

—Magnífico —exclamó el hombre—. Tenía que ser así; sin embargo…

—¿Qué?

—Hay algo extraño en todo esto.

—¿Extraño? ¿Qué quieres decir?

—¿Cómo ha podido llamar aquí?

—Bueno, la niña solo ha hablado por teléfono, el número lo habrá marcado su madre, porque ella sí debe conocerlo, ¿no?

Sí, Helen sabe este número, pero ¿han preguntado por mí?

Pues, ahora que lo dices… Me ha hablado a mí directamente, sin embargo, es lógico. Daniel descargó los leños muy cerca de la chimenea.

—¿Por qué es lógico?

—Porque he sido yo quien ha respondido y debe haber reconocido mi voz.

—Es posible. No obstante…

Daniel se acercó al teléfono, lo descolgó y marcó unos números. Esperó. La llamada se repitió varias veces y al fin pudo oír la voz que esperaba.

—¿Helen?

—Sí. Tú eres Daniel, ¿verdad? Será mejor que no hablemos, la policía está preparándolo todo para controlar las llamadas que se reciban desde ahora.

—Comprendo. ¿Se ha sabido algo de Annie?

—Desgraciadamente, no. Será mejor que no te acerques por casa, John vendrá de un momento a otro. Soy libre de hacer lo que me plazca, pero en estas circunstancias es mejor ser discretos, ya me entiendes.

—Sí, claro. Ya me pondré en contacto contigo, que haya suerte.

Daniel colgó y se encaró con Miriam.

—¿Estás segura de haber hablado con Annie?

—Claro que he hablado con ella. ¿No me crees?

—Acabo de hablar con Helen y la niña no ha aparecido aún. La policía está en su casa, montándolo todo para controlar las llamadas por si unos supuestos raptores telefonean pidiendo un rescate.

—Te aseguro que ha sonado el teléfono y era Annie, era Annie.

—Una voz, por teléfono, puede sonar distorsionada.

—No, no, era Annie y me ha pedido su muñeca.

Miriam volvió su rostro hacia la butaca donde había dejado la horrible muñeca de trapo.

—Es que la niña no puede saber este número de teléfono; además, es muy pequeña.

—Si has venido aquí con su madre, ella puede saber el número, Helen lo tendrá anotado en alguna parte —insistió Miriam buscando una explicación racional a aquella situación.

—No. Annie no tiene capacidad ni madurez suficiente para buscar un número telefónico en una agenda y luego llamar, es demasiado pequeña. Además, Annie no está en su casa y no tiene por qué saber que tú estás aquí. Es demasiado extraño.

—¿Insinúas que estoy loca?

—No digo tal cosa, pero sí que estás muy angustiada. Ven, sentémonos en el sofá.

—¡No! Tú piensas que estoy loca y yo me voy.

—No seas tonta, dejémoslo en que la madre todavía no sabe nada.

Pondremos la televisión y veremos si aparece la imagen de Annie pidiendo ser buscada.

—Está bien —suspiró la muchacha—. Después de todo, no llegaría lejos con la nieve.

Se sentó en el sofá, frente al fuego, con actitud resignada. Cuando Daniel se acomodó cerca de ella, le preguntó:

—¿Se puede sufrir una alucinación a través del oído?

—Sí, lo mismo que si es óptica.

Daniel, creo que voy a reventar. Tengo que explicarle a alguien lo que me sucedió…

¿Hubo algo más que no has contado a la policía?

En el momento en que perdí a Annie, no hubo más. Después, en casa, me costó mucho dormirme, pero al fin lo logré y tuve una pesadilla horrible.

—¿Tenía relación con Annie?

—Sí. La estuve persiguiendo por el interior de los túneles del metro y por las cloacas. El sueño fue muy real para mí, como si lo estuviera viviendo. Era como si yo hubiera salido de mí cuerpo en busca de Annie por una ciudad que parecía desierta. No había nadie, era de noche y vi a Annie detrás de las rejas de la boca de entrada al subterráneo. Juraría que no fue una pesadilla sino una realidad, pero cuando caía al vacío, por una especie de pozo, me desperté sobresaltada y estaba dentro de mí cama, en mi propia habitación. —Eso deja bien claro que era un sueño y solo un sueño —le dijo Daniel tranquilizador.

—Sí, un sueño, pero para mí fue una vivencia real, lo mismo que me ha sucedido ahora con el teléfono.

—También se pueden tener sueños en vigilia.

—Sí, claro, y eso para los psicólogos puede ser el principio de una especie de esquizofrenia o algo por el estilo. ¿No es así?

—¿Por qué no me cuentas con detalle esa pesadilla, si es que la recuerdas?

—Claro que la recuerdo, no la olvidaré en mi vida.

Y comenzó a narrarla minuciosamente, estaba cincelada en su mente, una pesadilla que la agobiaba.

Mientras, afuera, al otro lado de las ventanas, seguía nevando y el chalet se quedaba más y más aislado por el blanco y gélido manto.

CAPÍTULO VII

Terry no estaba muy seguro de adónde iban a llevarle cuando lo sacaron de aquella maldita estancia que olía a sudor, a orines, a lágrimas, a miedo, una habitación que tenía una sórdida ventana enrejada, demasiado alta para mirar por ella.

Del techo colgaba una lámpara con exceso de watios de potencia y su luz se le había hecho insoportable. Por muebles, solo una silla en la que había estado sentado mientras le interrogaban.

Había preguntado si aquello era un calabozo y le habían respondido que no, que era una dependencia más, una habitación para interrogatorios, y allí llevaba encerrado no sabía cuántas horas porque le habían quitado el reloj.

No podía decirse que lo hubieran encerrado porque la puerta podía abrirse, pero afuera había varios policías. No podía escapar sin pasar por encima de ellos y una de las veces que se había asomado con curiosidad, con deseos de escapar, le habían dicho que volviera dentro, que el interrogatorio no había terminado.

Le habían visitado distintos detectives de la policía para que repitiera siempre las mismas historias. Se sentía exhausto, agotado; sin embargo, no podía decir que hubiera recibido ningún golpe, pero los golpes del propio miedo le dolían en la cabeza, en el estómago.

Fue conducido al despacho donde sufriera el primer interrogatorio y la primera vejación.

Allí estaba el detective Murray con un cigarrillo colgando de sus labios y un sujeto muy serio vestido de oscuro con traje, abrigo y sombrero. Tenía la piel muy pálida y la mirada impenetrable.

—Aquí lo tiene —dijo el detective Murray.

—¿No hay cargos? —preguntó aquel hombre, desconocido para Terry.

El detective Murray apartó de sus labios el cigarrillo y lo miró como dudando entre sí aplastarlo o no en el cenicero donde había abundantes colillas y ceniza.

—Sólo le hemos interrogado, en ningún momento hemos dicho que tuviéramos cargos en su contra. Es un testigo, eso es todo. ¿Verdad, Terry?

A Terry le brillaron los ojos de furia pero no replicó. Miró al otro personaje y le preguntó:

—¿Es picapleitos?

—Soy tu abogado, muchacho. Tus padres me han pedido que viniera.

—¿Están ellos aquí? —preguntó nervioso pero ya sin ira.

—No, te esperan en casa. Sabían que estabas aquí y como no dabas señales de vida, me han pedido que viniera a sacarte. ¿Te han golpeado?

—¿Golpeado? —repitió, como si no entendiera.

—Sí, si has recibido malos tratos.

—Vamos, Terry, díselo a tu abogado —le desafió Murray, muy seguro de sí.

—No, no me han golpeado. Me han retenido aquí y me han hecho desnudar.

—¿Para qué? —preguntó el abogado al policía.

Para saber si estaba lleno de pinchazos. Tiene referencias como drogadicto.

—¿Y los tiene? —inquirió el propio abogado, escéptico.

—Bueno, tiene algunos pinchazos, pero el propio Terry nos ha dicho que son debidos a unas inyecciones que le pusieron para quitarse un catarro bronquial. Nosotros le hemos creído, así de simple.

—Está bien. Si no ha de firmar ninguna declaración, nos vamos —dijo el abogado sin sacar las manos de los bolsillos, sin mover su encasquetado sombrero.

—Espere… Mi reloj, mis llaves, mi monedero y mi cortaúñas.

—Sí, claro —asintió el detective Murray—. Qué olvidadizo soy. Claro, como tú no llevabas navaja como otros muchachos.

Terry pensó en la maldita papela de heroína que habían dicho encontrar en su cazadora. Era mejor no preguntar por ella. Sabía que no era suya, pero uno de los detectives se la había mostrado para asustarle, para meterle el miedo en las tripas. Ahora, ya no se hablaba de la dichosa papela y menos, delante del abogado.

Terry recogió sus cosas. Miró al detective que lo había humillado tratando de sacarle una supuesta verdad con aquellos métodos y le espetó:

—Cerdo.

El abogado siguió con cara de póquer, aunque aquel insulto le preocupó, no se podía insultar impunemente a un representante de la ley.

El detective Murray suspiró. Aplastó el cigarrillo y cogió el paquete donde ya solo le quedaba uno. Antes de llevárselo a los labios, dijo:

—Estos chicos son carne de presidio. Muchacho, terminarás viniendo por aquí y espero que para entonces tengas la misma suerte que ahora.

—Vámonos, Terry —le apremió el abogado que no deseaba que se prolongara la permanencia en la estación de policía.

Ya en la calle, vieron que caía agua-nieve. Era de noche y hacía frío. Terry se subió el cuello de la cazadora de piel. El abogado seguía con las manos dentro de los bolsillos.

—Te llevaré a tu casa.

—No hace falta, ya iré yo luego.

—Tus padres están muy preocupados, por eso pagan mis servicios.

—No tenían que molestarse, ya ha visto que no había cargos contra mí. Esos “pasmas” no han podido encerrarme como querían. Han hurgado en mi pasado porque esnifé un poco de perico y ahora tratan de cargarme el mochuelo de la desaparición de la niña.

—Espero que no tengas nada que ver con eso.

—Claro que no. Dígale a mis padres que ya estoy en la calle y que ya les llamaré.

El abogado se resignó.

Terry estaba visiblemente molesto y no quería ir corriendo a su casa. Había pasado un mal día en la comisaría y más que encontrarse con sus padres, lo que deseaba era reunirse con sus amigos con los cuales se sentía mejor y más integrado.

Caminando bajo el agua-nieve, Terry se sintió más tranquilo.

Volvía a respirar el aire frío, un aire que olía a gasoil, a gasolina mal quemada, pero ya no olía a comisaria. Se sentía libre y no le hablan pegado, que era lo que había estado temiendo durante las largas horas del día.

En el *pub* donde tenía que encontrarse con sus amigos, se sintió decepcionado. No estaban, había otros clientes.

Tenía sed y hambre, pero solo pidió una jarra de espumeante cerveza cuando en la pantalla de televisión que allí había pudo ver el anuncio de muñecas presentado por la pequeña Annie.

Al final del spot, la imagen se congeló y dejó de oírse la musiquilla y el mensaje comercial para dar paso a una voz en off que dijo:

—Si ha visto a esta niña en alguna parte, llame a la estación de policía más próxima. Se ha perdido y sus padres la esperan.

Allí se cortó el anuncio de búsqueda de Annie, una llamada que incluso

favorecería la venta de las muñecas, pues no cabía duda de que se iban a hacer muy populares debido a la desaparición de la protagonista del anuncio.

Quedó como hipnotizado, vivamente impresionado, cuando le dieron un empujón, sobresaltándole.

—Terry, ¿qué haces aquí? ¿No te vienes?

Se volvió. Era Betty, una de las chicas de la panda.

—¿Adónde? —preguntó sin soltar la jarra, ya repuesto.

—Hemos encontrado una guarida. Anda, paga y vámonos.

Terry la siguió. Betty era tremendamente delgada, pelirroja y llena de pecas, con unos dientes muy prominentes. A Terry no le gustaba demasiado, pero a ella si le gustaba el chico y lo hacía notar siempre que podía.

—¿En esa guarida está Miriam?

—¿Miriam? No sé, es posible que sí. ¿Dónde te has metido todo el día?

—He estado, he estado… —Prefirió no contarle que lo había pasado muy mal en la comisaría—. ¿Y qué puñetas te importa a ti?

—Está bien, no es para que te molestes tanto.

La guarida de que le hablara Nancy estaba más lejos de lo que había supuesto. El aguanieve se iba transformando en nieve, el frío se estabilizaba y circulaban pocos vehículos.

—Espera —le pidió Terry, deteniéndose frente a una cabina telefónica.

Llamó a sus padres para tranquilizarles. Escuchó sus quejas y luego, colgó.

—Vamos —le dijo a Betty, escondiendo las manos en los bolsillos de la cazadora.

Se internaron en un secular pasaje o callejón en el que se levantaban viejas casas.

Dos de ellas tenían las ventanas tapiadas con carteles de una inmobiliaria que advertía de la próxima demolición de los edificios. En el solar que dejaran libre, levantarían un nuevo edificio de apartamentos.

Sin embargo, allí había un viejo caserón, quizás menos grande de lo que parecía por su siniestro aspecto, que no tenía tales letreros, un caserón rodeado por una franja de tierra yerma que no podía llamarse jardín.

Estaba completamente a oscuras y la noche hacía que sus muros se vieran aún más negros de lo que debían ser.

—Es aquí.

Betty señaló la vieja casa contigua al caserón que, al parecer, no había

sido conseguido por la codicia de la inmobiliaria.

No podían entrar por la puerta, pero sí apartando uno de los letreros que taponaba una de las ventanas. De su interior salía música.

Pasaron a través de una habitación y llegaron a una sala en la que había muebles tan viejos como ajados, llenos de polvo, mugre y mohos.

Olía mal y la iluminación que allí había era a base de velas sostenidas por botellas vacías que hacían las veces de palmatorias.

Con algo menos de una docena de velas se iluminaba la amplia sala, y allí estaban los miembros de la panda bailando convulsivamente al compás de la música que brotaba de un radio cassette estéreo de considerable tamaño y potencia

Allí no había luces psicodélicas, sino las vacilantes llamas de las velas.

Para los jóvenes, aquel recinto era infinitamente superior a una discoteca al uso. Nadie les molestaba, podían bailar cuanto quisieran sin tener que pagar y no había hora de cierre.

Habían ocupado una casa en situación de demolición y no importaba que pintarrajearan las paredes o acabaran de romper los viejos muebles que allí quedaban.

—¡Esto es magnífico! —exclamó Betty, y comenzó a moverse como si fuera una lagartija a la que acabaran de aplicar unos electrodos de considerable voltaje.

Terry se apartó algo de Betty, mirando en derredor. Hacía frío allí, faltaba calefacción, pero los jóvenes no parecían notarlo.

—Hola, colegas. Y de beber, ¿qué?

Uno de sus amigos le tendió una lata abierta que debía contener cerveza. Terry se la llevó a la boca, bebió y cuando hubo tomado un largo trago, bufó ostensiblemente.

—¿Qué habéis metido aquí?

—Ginebra con cerveza. Explosivo, ¿eh?

—Ya lo creo, quema.

—Así no se nota el frío.

Aquella casa abandonada que esperaba ser barrida para siempre de la faz de la tierra, olía a "hierba", a bebidas. De cuando en cuando, un joven lanzaba grifos incongruentes y las muchachas reían de forma estentórea.

Terry comenzó a notar los efectos de la bebida y del canuto que se estaba fumando después de un día en el que no había comido.

Su estómago vacío asimilaba las bebidas y sus pulmones, los vapores, el humo y las esencias de la droga.

Sintió flojedad en las rodillas y su cuerpo comenzó a balancearse sin que él consiguiera enderezarlo. Caminaba y no sabía hacia dónde.

—Hola.

—Hum… —Se detuvo para observar a la niñita rubia que había salido de alguna parte para colocarse ante él.

—Tú eres el amigo de Miriam, ¿verdad?

—Sí, soy yo. Y tú eres la desaparecida, ¿no?

—¿Sabes si Miriam tiene mi muñeca?

—¿Tu muñeca? ¿Qué está Miriam por aquí?

—No, no ha venido —respondió la niña que sostenía una vela encendida en su mano.

—Miriam es una zorra que no me quiere.

Betty apareció con una botella y chorreó la cabeza de Terry mientras se reía.

Terry no logró esquivar aquella lluvia de ginebra de alta graduación que bañó su cuerpo. En la situación que se hallaba, hasta le pareció divertido.

—Marchaos de aquí, marchaos —exigió la pequeña Annie mientras acercaba la llama de la vela a sus ropas.

Antes de que pudiera darse cuenta, Terry se vio envuelto en llamas, primero azuladas, luego rojo amarillentas.

Comenzó a gritar desaforadamente mientras Betty, drogada también, reía histérica.

Como si interpretara una danza macabra al son de la vibrante música puesta al máximo de volumen, Terry comenzó a correr de un lado a otro de la sala esparciendo las llamas.

Se revolcó de dolor contra un sofá, embotada su razón por aquella mezcla de drogas que eran el alcohol y la hierba.

Nadie parecía capaz de reaccionar; todos estaban bajo los efectos de las drogas en mayor o menor grado y los gritos aumentaron.

Mientras tarareaba una cancioncilla que más parecía una nana, Annie fue acercando la llama de la vela a cuanto veía que pudiera arder: Viejas cortinas, cojines, papeles de la pared ya medio arrancados…

La estancia se llenó de fuego y el pánico cundió entre los jóvenes que intentaron huir, pero los letreros bien clavados en las ventanas les impedían escapar y no sabían hallar el lugar por dónde habían entrado.

Dando tumbos, en medio de un humo espeso, tosiendo, Betty sí logró llegar, cuando las llamas crecían y crecían como si acabara de abrirse el suelo de la sala y de la profundidad de los infiernos brotaran aquellas

llamaradas que todo lo envolvían, carbonizándolo y destruyéndolo en medio de gritos de pánico y de la música que sonaba a todo volumen por los altavoces del radio cassette portátil que podía separar sus pequeños pero potentes bafles.

El fuego fue quien abrió las ventanas partiendo cristales, devorando letreros.

Poco después, en medio de la noche, la ciudad pudo oír el ulular de las sirenas de bomberos y de la policía.

CAPÍTULO VIII

—Creo que este anuncio será efectivo, tiene garra —opinó Daniel Harris que acababa de grabarlo en su aparato de vídeo.

—Tengo una sensación que no sé describir…

—Es lógico. Te sientes angustiada y eso te provoca pesadillas como la que me has contado.

—¿Le ves algún simbolismo?

—Eso del simbolismo de los sueños es muy problemático. Cada persona emplea símbolos distintos, aunque en sociedades que absorben el mismo tipo de cultura, es posible que los símbolos de los sueños sean similares. De una forma simplista, diría que tú sufres porque se te escapó la niña y en tu sueño, la ves en un laberinto de túneles del “metro” y no la puedes coger. Luego se te escapa por los colectores de la ciudad y cuando estás a punto de cogerla, caes en un pozo. Todo me parece el reflejo de una gran angustia.

—Pues el sueño me parecía tan real que juraría que lo he vivido.

—Eso pasa algunas veces. Hay personas que tienen sueños tan reales que cuando pasa algún tiempo y los recuerdan, lo hacen pensando en ellos como hechos ocurridos en la realidad.

—Y al que se comporta así, ¿lo consideráis loco?

—Vamos, vamos, no te atormentes más.

—Daniel, tú no encuentras nunca nada raro. ¿Y la llamada telefónica?

—Ya te lo he dicho, podría tratarse de un sueño en vigilia, que también se dan. Por cierto sería mejor que llamases a tu familia advirtiéndole que te vas a retrasar porque nieva.

—¿No podemos marchar de aquí?

—Mientras nieve, mejor no. Tengo cadenas por si la capa de nieve se hace espesa, no será problema salir, pero es preferible no viajar mientras esté nevando. ¿Crees que tus padres se molestarán?

—No creo.

Se acercó al teléfono e hizo la llamada.

—No, mamá, no temas, estoy con un amigo, no me ocurre nada malo. Tranquila, que ya volveré. Si no puedo esta noche, mañana por la mañana.

Siguió hablando. Su madre le decía cosas que Daniel no oía.

—Sí, ya he visto a Annie en la tele. Espero que la encuentren pronto, yo la quiero mucho.

Hablaron poco más y Miriam colgó mientras Daniel añadía leños a la chimenea.

—Bueno, la familia ya está tranquila, aunque no creo que a mis padres les guste que esté en un lugar aislado por la nieve.

—Y tú, ¿tienes miedo?

—Si te refieres a ti, no, claro que no, pero el asunto de Annie me sigue preocupando mucho y más después de la llamada de teléfono, aunque tú trates de convencerme de que no se ha producido tal llamada, lo que me inquieta todavía más, pues entonces cabría pensar que me estoy volviendo loca.

—No temas, no te estás volviendo loca. —Se le acercó, tranquilizador, la cogió por los brazos y la miró a los ojos desde muy cerca—. ¿Te han dicho que eres muy bonita? —Ajá. Y a ti, ¿te lo parezco?

—Mucho.

—¿Más que Helen?

—Olvídala.

—Lo siento, no puedo —replicó, tratando de zafarse de las manos del hombre, pero él no la soltó.

—¿Por qué no puedes?

—Porque me huelo que tratas de seducirme.

—¿De verdad piensas eso?

—Daniel, me gustarías, es decir, me caes muy bien, pero…

—¿Está Helen?

—Eso es, está ella.

—Helen es una mujer divorciada y por tanto, libre. Yo también soy libre.

—¿Divorciado también?

—No, pero viví en pareja dos años con una chica que me gustaba mucho.

—¿Te dejó?

—Sí.

—¿Dejó de quererte?

—Hubo un tiroteo en la calle. Ella caminaba hacia el apartamento donde yo la esperaba, llevaba un paquete del supermercado. Una maldita bala segó su vida, vivimos en un mundo con demasiada violencia.

Daniel la había soltado, ya no la sujetaba con sus manos.

—Lo siento. ¿Sufriste mucho?

—Sí, pero el tiempo es el mejor lenitivo. Cuando ocurrió la muerte de mí compañera, era casi un muchacho. Los estudios que no había terminado aún, el ansia de vivir… En fin.

—Y a Helen, ¿la amas?

—No exactamente, y si vas a preguntarme si he hecho el amor con ella, te diré que sí. ¿Tranquila?

—Bueno, no tenías por qué decírmelo, no estás obligado a nada. Yo no tengo derecho a hacerte ninguna pregunta. Creo que me estoy portando como una curiosa insoportable. Por cierto, ¿lo habéis hecho muchas veces?

Daniel se echó a reír abiertamente. Luego, volvió a cogerla por los brazos y le preguntó:

—Y a ti, ¿cómo te ha ido?

—Bueno, no soy una ingenua, si es eso lo que quieres saber.

—¿Y lo saben tus padres?

—Supongo que sí, pero yo no voy a ir contándoles detalles, ya soy mayor de edad. Si no vivo por mí cuenta es porque no tengo medios para hacerlo, me falta un semestre de estudios y luego, seré publicista.

—No está mal, esperemos que apruebes.

—Seguro, cuando me pongo a estudiar saco buenas notas.

—¿Debo entender que si sigo adelante no te vas a sentir seducida?

—Ya te lo diré luego, pero, no sigas adelante…

—¿Por qué?

—Siento que tendría que cambiarme de ropa y no tengo nada, no me siento a gusto conmigo misma.

—En el cuarto de aseo hay bañera. ¿Te apetece tomar un baño?

—Bueno, ¿por qué no? Y si me dieras algo de ropa…

—No creo que mi ropa te vaya bien.

—Juraría que en este nido de amor tienes algo de ropa femenina.

—Esto no es un nido de amor, si no una guarida para descansar.

—El amor bien gozado es lo que más relaja.

Miriam se sintió muy a gusto dentro de la bañera. Cuando salió de ella, después de secarse, se envolvió en un albornoz color naranja brillante. Regresó descalza a la salita donde Daniel leía un libro relativo a su

profesión.

Se volvió hacia ella, la miró y dijo:

—Siento decepcionarte por no tener ropa femenina, pero ese albornoz te cae muy bien.

—¡Qué calorcillo más agradable hay aquí!

—Como que están las placas eléctricas conectadas, además de la chimenea.

Se sentó en el sofá al lado del hombre y pidió:

—¿Me envenenas con algo?

—¿Qué te apetece?

—No sé, algo, lo que tú me des, no soy exigente. Supongo que opinarás que todavía soy muy joven.

—Estás muy preocupada por lo que yo crea.

—¡Qué bien se está delante del fuego después de un buen baño! —opinó Miriam, estremeciéndose de placer.

—¿En tu casa disfrutas así?

—Mis padres tienen un apartamento que no es moderno ni antiguo. Pagan un alquiler del que mi padre siempre se queja, pero yo jamás he tenido una chimenea. Una chimenea es un lujo hoy día, la leña sale muy cara.

—Cierto. Para los que vivimos en las áreas civilizadas de alto desarrollo, la leña es el combustible más caro, pero ¿qué diablos nos importa eso ahora?

Miriam dejó que él la estrechara con fuerza.

Después, la besó y la joven correspondió.

Daniel no era torpe, sabía ser paciente y hábil. Sabía que no se debía tener prisa y sus besos, sus caricias, fueron añadiendo calor al cuerpo femenino.

Los pechos de Miriam no eran grandes, pero sus pezones oscuros parecieron al hombre hermosos y pletóricos de vida.

—¿Qué haces? —gimió más que preguntó la joven estremeciéndose al notar unos pinchazos en las aréolas de sus pechos al ser sorbidos sus pezones con picardía por los labios del hombre.

Ansiosa, olvidándose de todas las angustias sembradas dentro de su espíritu, Miriam sumergió su mirada en los ojos del hombre y le pareció maravilloso.

Le agradó que las manos de él recorrieran todo su cuerpo. Cerró los ojos, estremeciéndose como si fuera una gatita insaciable de mimo.

Notó que ardía como los mismos leños. Ansió ser poseída y su deseo se convirtió en realidad.

Le pareció que no podía haber nada más grande, ni física ni espiritualmente, que toda aquella virilidad que entraba en su cuerpo, invadiéndolo poderosamente. —Despacio, Daniel, despacio… Te amo, te amo Despacio, despacio…

CAPÍTULO IX

Tuvo la sensación de que alguien la llamaba.

Abrió los ojos. La alcoba estaba a oscuras o casi, pues la luz de la luna reflejada en la nieve se filtraba por los resquicios de las ventanas no cerradas del todo.

A su lado, Daniel dormía plácida y profundamente. Pudo ver su espalda desnuda. El cabello de la cabeza llegaba a fundirse con el vello que le nacía en la espalda junto al espinazo.

Daniel era un hombre muy fuerte, muy varonil. Sintió deseos de besarlo, de pasar las manos por su piel. Daniel había sabido complacerla como jamás nadie la había complacido.

Desvió su mirada hacia la puerta abierta de la alcoba. Sentía que en la sala había alguien, no sabía quién, y contra lo que cabía esperar, en principio no tuvo miedo sino simple curiosidad.

Abandonó la cama sin hacer ruido para no despertar a Daniel.

Aún estando desnuda, no sintió frío. Anduvo sobre el piso de madera y abandonando el cuarto, se asomó a la confortable sala caldeada con calefactores eléctricos y la chimenea-hogar al, mismo tiempo. La temperatura era muy agradable. Desde aquella estancia, pensar en la nieve que rodeaba el chalé, era forzar la imaginación.

Pudo ver las brasas dentro del hogar. Eran hermosas en su color rojo, como granadas abiertas, y los granos llenos de luz roja. Aquella luz era suficiente para moverse por la sala.

Los ojos de la joven estaban acostumbrados a la oscuridad, pues había despertado de las tinieblas del sueño.

—¡Miriam, Miriam!

Se sobresaltó. Quedó quieta como si fuera una bellísima estatua griega colocada en la sala de aquel coqueto chalé propiedad de un soltero que quería gozar de paz y descanso.

Era la voz de Annie y no podía ser, era imposible. Sin embargo, le

pareció que era la voz de la pequeña desaparecida. Temió estar loca como le había confesado a Daniel.

Tardó en romper su inmovilidad, su belleza hierática que semejaba salida del cincel del mejor de los escultores, pues solo de un escultor que amase la belleza y el cuerpo de mujer podía salir algo que se pareciera a lo que era Miriam.

Paseó su mirada en derredor y no vio nada que le llamara la atención, solo las brasas de la chimenea, brasas que todavía conservaban diminutas llamas que se negaban a morir.

Los leños habían desaparecido como tales, desgajándose, transformándose en pedazos de carbón que ardían en busca de la metamorfosis que concluirla en un pequeño montón de cenizas grisáceas.

—Annie, Annie… ¿Dónde estás?

—Estoy aquí, Miriam.

Se acercó al televisor y lo miró con curiosidad, casi con miedo. La pantalla del televisor le pareció una ventana que se pudiera abrir a lo desconocido.

Aquella situación no podía resolverse por la vía de la racionalidad y Miriam no se lo cuestionó. No podía pensar, tenía que dejarse llevar por el instinto, por el mismo instinto que otras mujeres, miles de años antes, habían obedecido ante situaciones insólitas, dentro de templos ya desaparecidos por el paso del tiempo. Funcionaba la magia de lo desconocido, de lo incontrolado, de todo aquello que la ciencia arrogante no había sabido atrapar y mucho menos descifrar, pero que hasta los seres más simples sabían que existía, que estaba al alcance de los sentidos, o quizás tan solo de un sexto sentido, de ese sexto sentido que el ser humano moderno, abrumado por tanta tecnología, tenía dormido, aletargado.

Pulsó el botón de la puesta en marcha del televisor y la pantalla solo le ofreció puntitos luminosos.

—No hay emisión —se dijo.

—Miriam, Miriam, estoy aquí.

La voz de Annie le llegaba distorsionada por los ruidos que salían del televisor. Volvió a quedarse muy quieta, como el animal mimético que sabe que su depredador está cerca, al acecho, a punto de atacarle.

Desvió su mirada hacia el aparato de video y recordó que Daniel había grabado la imagen de Annie. Era absurdo lo que pretendía hacer, carecía de racionalidad y, sin embargo, lo hizo.

El aparato estaba listo para ponerlo en marcha, la cinta había sido

rebobinada, el contador solo marcaba “uno”.

Accionó el interruptor. En la pantalla aparecieron rayas de diferentes colores y en distintas direcciones, pero aquella falta de sincronía apenas duró un par de segundos y la imagen se hizo nítida de pronto.

A lo largo de su cuerpo desnudo, atractivo, bello y elástico, de suaves pero bien modeladas curvas, se produjo como un flujo de escalofrío que terminó en sus cabellos, como si estos fueran a erizársele.

Se dominó.

Annie repetía que la muñeca que mostraba era la que más le gustaba, era su muñeca. Hasta ese momento, todo parecía normal. Annie seguía siendo la de siempre, la niña rubia y alegre, la niña de ojos azules muy claros que transmitía algo en su rostro, hasta que al final, mientras mostraba la muñeca que debía promocionar, la imagen quedó quieta y pudo oírse la voz en off de un hombre que pedía que si alguien veía a aquella niña en alguna parte, llamase a la estación de policía más próxima, pues se había perdido, una petición que tenía que impactar forzosamente a la audiencia de televisión, especialmente en las madres.

Las pupilas de Annie dejaron de verse azules para tornarse rojas, pupilas de sangre que se clavaron en Miriam.

—Annie —musitó de forma casi ininteligible.

El nombre de la niña escapó de entre sus labios sin poderlo evitar.

—Sí, estoy aquí dentro. ¿Tienes mi muñeca?

—Sí, tengo tu muñeca, la tengo, pero, ¿dónde estás?

—Estoy aquí —respondió la niña sin miedo, poniendo las palmas de sus manos por delante.

Miriam se dio cuenta entonces de que la muñeca no estaba en pantalla. Annie no tenía ninguna muñeca a su alcance, era como si se tratase de dos grabaciones, una la del spot publicitario y la otra, la Annie de las pupilas rojas que no tenía muñeca y que le estaba hablando a ella, mirándola.

—¡Annie, tú no estás ahí, tú no estás ahí!

—¿Me quieres, Miriam, me quieres?

—Claro que te quiero, Annie, y tu madre también.

—¿Mi madre? —repitió la niña, como extrañada—. Ella murió hace mucho tiempo, mucho tiempo.

—No, no, tu madre está viva, viva.

—No es verdad. Murió hace tantas lunas como estrellas hay arriba.

—¿Qué dices?

—¿Dónde está mi muñeca? —insistió, sin dar una respuesta concreta.

Excitada, Miriam buscó en derredor. Descubrió la muñeca de trapo en el sofá y saltó hacía ella. Le dio la impresión de que la muñeca tenía vida, de que su rostro se tornaba más y más grotesco y que de grotesco pasaba a horrible.

Al otro lado de la pantalla, la pequeña Annie aguardaba impaciente.

Miriam alargó su diestra y al coger la muñeca, sintió que esta se aferraba con los brazos a su mano como si fueran los tentáculos de un pulpo.

Sintió miedo, verdadero miedo. Elevó la muñeca de trapo y esta alargó una de sus manos hasta alcanzarle la mejilla. Como si hubiera sido una gata maligna, la obsequió con un zarpazo. Sintió la mordedura de las uñas en su rostro, pero no podía ser, no podía ser, la muñeca era un ser inanimado y no podía rebelarse contra ella como una gata sujetada en contra de su voluntad.

—¡Annie, Annie, aquí está la muñeca! —le dijo, tratando de olvidar las terribles sensaciones que estaba experimentando.

La muñeca continuaba aferrada a ella, como sí Miriam hubiera metido la mano dentro de un cepo dentado para captar alimañas.

—¡Miriam, Miriam, ya no es mi muñeca, ya no es mi muñeca! —empezó a reírse Annie desde la pantalla del televisor.

—¿Qué quieres decir?

—¡Dásela a Helen, dásela a Helen!

—¿Dónde estás Annie, dónde estás?

Miriam dio un puñetazo con su zurda a la pantalla del televisor mientras con la diestra sostenía aquella diabólica muñeca que tenía los brazos colocados de forma que se sujetaba fuertemente a la mano femenina.

Se encendió la luz sobresaltándola, cegándola.

Se volvió hacia Daniel que estaba en el umbral de la alcoba mirando desconcertado.

—¡Es ella, es Annie, está ahí, ahí! —gritó, señalando la pantalla del televisor.

—Sí, ya la veo, es la imagen fija que han pasado por televisión y que yo he grabado en el video. ¿Lo has puesto tú en marcha?

—Sí, lo he puesto yo. Annie me ha estado hablando desde el televisor, quería ver la muñeca y luego…

De pronto observó que Annie, en la imagen fija del televisor, sostenía la muñeca de la publicidad. Sonreía, y su sonrisa le pareció maligna. También

le pareció que la muñeca sonreía de igual forma.

—No entiendo, no entiendo nada —comenzó a decir, trémula—. Ella, ella me hablaba desde dentro del televisor, te lo juro. Tienes que creerme, no estoy loca.

—Claro que no, claro que no —le dijo Daniel, acercándosele.

Apagó el televisor, desconectó el video y luego la estrechó contra sí.

—Daniel, tengo miedo.

—Tranquilízate. Has mezclado una pesadilla con la realidad, eso es todo. Cuando ceda la angustia, cuando encuentren a Annie, te repondrás. ¿Qué te ha pasado en la cara?

Miriam pasó sus dedos por la mejilla y notó sangre en las yemas.

—La muñeca, ha sido la muñeca.

—¿La muñeca? Qué tontería. Parece el zarpazo de un gato.

—¡Ha sido ella! —la mostró a Daniel.

—Miriam, debes tranquilizarte, así no puedes continuar. La muñeca no puede hacer nada, es solo un juguete de trapo.

—Annie me ha pedido que se la dé a Helen. Es como si ya hubiera sucedido algo, algo que ella deseaba que ocurriera, por eso tenía tanta obsesión con la muñeca.

—La obsesión la tendrás tú. Anda, dame esa dichosa muñeca.

Se la quitó de las manos y la arrojó al sofá. Pasó su mano por la cintura de la muchacha y le ordenó:

—A dormir. Tomarás una pastilla que te daré y mañana, cuando salga el sol, todo será nuevo. Yo, por lo menos, recordaré esta noche como algo maravilloso que desearla repetir.

Miriam se dejó llevar de regreso a la alcoba. Las brasas seguían muy rojas dentro de la chimenea que semejaba la boca del infierno.

CAPÍTULO X

La tragedia ocurrida en la casa destinada a la demolición había conmovido a la ciudad y a toda la nación. Las dantescas imágenes hablan pasado por las televisiones del país, así como por las de otros países.

Cientos de millones de seres humanos habían podido ver, a través de las pantallas, los restos carbonizados de los muchachos que habían convertido en discoteca y lugar de reunión la casa para demoler, que aún contenía algunos muebles inservibles por ajados y deteriorados, hasta el punto de que solo servían para aplastarlos con las propias ruinas. El fuego se había llevado todo lo quemable.

Los bomberos se habían limitado a impedir que el fuego se propagara a los edificios colindantes, especialmente al caserón oscuro y siniestro que la empresa inmobiliaria no había conseguido adquirir.

Sólo una joven había escapado a la muerte, una muchacha que sufría graves quemaduras en su cuerpo y se hallaba en el hospital. Había logrado escapar por la misma ventana por la que entrara.

Muchos eran los periodistas que deseaban oír sus palabras, pero los médicos solo autorizaron al juez y al teniente de la policía que le acompañaba para que la vieran.

—¿Cómo te encuentras, Betty? —preguntó el juez.

—Mal —respondió apenas sin voz.

Ella ignoraba que por sus venas corrían sedantes mezclados con su sangre para que pudiera soportar el horrible dolor de las quemaduras que jamás se borrarían de su cuerpo.

—Verás, yo soy el juez y quisiera saber algunas cosas. Tú responde solo sí o no. Más adelante podrás explicarlo todo.

El teniente de la policía, disimuladamente, puso en marcha una pequeña grabadora.

—¿Estabais reunidos para divertiros?

—Sí —asintió, siempre débilmente.

—Hemos encontrado botellas y latas de bebidas. ¿Bebisteis mucho?

—Sí.

—¿Hubo otras drogas?

—Sólo, solo hierba…

—¿No hubo caballo?

—No.

—¿Y ácido?

—Tampoco, tampoco.

—Sabíamos que no teníais electricidad.

—Encendimos velas.

—Claro, claro, velas. ¿Y qué pasó?

—La niña…

—¿Qué niña?

—Una niña pequeña.

—¿Había una niña con vosotros?

—Sí.

El teniente y el juez se miraron muy preocupados. El teniente no pudo evitar preguntar:

—¿Era rubia?

—Sí.

—¿Se llamaba Annie?

—No lo sé.

—Señor juez, creo que sería bueno mostrarle una foto de la niña.

—¿Se refiere a la niña desaparecida?

—Bien. Le mostraremos una fotografía y que los que buscan restos humanos se esmeren por si hallan los restos de una criatura. —El juez se volvió hacia Betty para insistir—: ¿Y qué pasó con la niña?

—¡Fue ella, ella, ella!

Betty comenzó a gritar primero y a chillar después, entrando en un fuerte estado convulsivo que obligó a intervenir a los médicos, los cuales pidieron que se diera por terminada aquella entrevista con la única superviviente de la tragedia de la casa destinada a demolición.

Cuando salieron de la habitación, el juez pidió al teniente:

—Que se busque a la niña en aquel lugar, he de saber algo de ella. Es posible que podamos encontrar sus restos. Ah, y no diga nada por el momento.

Los periodistas se agolpaban, las cámaras de televisión grababan cuanto podían. Otros ya se encargarían en el estudio de espigar, seleccionando lo

que tuviera mayor interés.

—Teniente —le interpeló un veterano reportero —No puedo decir nada.

—Vamos, teniente, usted sabe que yo me porto bien y que no me voy a olvidar de usted…

CAPÍTULO XI

Daniel Harris se llevó el cigarrillo a los labios y le prendió fuego con el encendedor del coche. Ya era el segundo que se fumaba en aquella espera que le estaba pareciendo larga. El coche se hallaba estacionado en la calle, cerca de un buzón de correos.

Unos empleados del ayuntamiento quitaban la nieve para que nadie pudiera romperse un hueso.

Tenía el aparato de radio conectado y había oído las noticias sobre la tragedia de la casa destinada a la demolición, donde habían muerto carbonizados dieciocho muchachos. Al fin9 vio avanzar hacia él a Helen Webers, bien protegida bajo uno de sus abrigos de pieles.

Abrió la portezuela y ella se refugió dentro del coche, a su lado.

—No debías haber venido —dijo ella a guisa de saludo.

—¿Está tu “ex” aquí?

—Ha llegado esta mañana. Viene muy arrogante y culpándome de la desaparición de la niña. El muy imbécil… No se da cuenta de que es importante para mí llevar una vida social.

—Supongo que sí lo sabe, porque él también la lleva.

—Siempre anda encamándose con jovencitas y la verdad es que no entiendo cómo se las arregla, porque no creo que ya le quede mucho vigor. Visto de cerca, está hecho un viejo.

—¿Qué es esa noticia de que en esa casa donde han muerto los muchachos quemados había una niña?

—Es cosa de un reportero sensacionalista que salió a última hora por la televisión, luego habré de desmentirlo todo.

—¿No crees que pueda ser Annie?

—Qué absurdo… ¿Cómo iba a ser ella?

—Nadie sabe dónde está y podría estar refugiada en una casa abandonada.

—¿Y qué comería?

—Quizás alguien le da unos *sandwiches*, roba fruta o simplemente pasa hambre.

—Dios mío, pobre Annie.

—Helen, te he pedido que nos viéramos aunque solo fuera unos minutos para preguntarte algo.

—Pues, habrás de preguntar rápido, porque he de ver a mí peluquera, vendrá a mí apartamento. Tengo tres entrevistas con la televisión y, como comprenderás, no quiero que me vean en todo el mundo hecha una birria.

—Helen, todo lo que está sucediendo me preocupa mucho. He oído la lista de muertos y uno de los muchachos es el mismo que acompañaba a Miriam cuando Annie desapareció.

—No trates de mezclar una cosa con otra, te lo ruego. Ya hay demasiado escándalo, tengo la casa rodeada de policías, periodistas y además están los técnicos de la televisión.

No intervengas en nada por el momento.

—Pero, Miriam…

Trató de protestar, puntualizando, pero ella le cortó:

—Lo que ahora quiere esa chica es hacerse famosa a costa de la desaparición de mí hija, es una zorra y ya me he dado cuenta de que te gusta. Ahora, lo siento, tengo prisa.

Comprendiendo que no lograría hacer razonar a la egoísta y vanidosa Helen, cogió la muñeca de trapo y se la entregó.

—Toma, es la muñeca que llevaba Annie en el momento de su desaparición, la muñeca que aparece en el spot publicitario.

—Es horrible —opinó Helen espontáneamente. Semejó recapacitar y añadió—: Bueno, si he de salir por televisión, puede que sirva; la gente ya conoce esta muñeca.

Se la llevó consigo.

Daniel Harris la vio alejarse. Se dijo que, posiblemente, aquella era la última vez que se veían.

CAPÍTULO XII

Daniel estaba ceñudo, reflejo de la honda preocupación que le invadía. Los acontecimientos escapaban a su lógica, a su capacidad de raciocinio.

Había estudiado psicología y sociología, más nada de lo que estaba sucediendo parecía tener una explicación sensata.

Acudió a la cita que le había dado Miriam.

Era de noche y hacía frío. Podía volver a nevar, la ciudad lo esperaba y sus habitantes se refugiaban en el calor de sus hogares.

Miriam estaba en la calle, bajo la luz de una farola, protegida por una chaqueta de napa negra. Llevaba las manos hundidas en los bolsillos y de uno de ellos asomaba una revista enrollada.

Cuando Daniel se le acercó, la besó en ambas mejillas. Su piel estaba fría.

—¿Hace mucho que esperas? —preguntó Daniel.

—No te preocupes. —Sacó la revista enrollada y se la mostró—: ¿Has visto esto?

—¿Habla sobre la sorprendente muerte de Helen Webers?

—Sí.

Daniel suspiró.

—Ha sido horrible, nadie se explica su sorpresiva muerte estrangulada. Creo que ni ella misma llegó a imaginar que tendría un final semejante cuando había empezado a salir por la televisión como una estrella del cine. Han detenido a su ex-marido John. ¿Tú le conoces?

—No. La policía suele detener al que está más cerca, por lo visto no tiene una buena coartada. Se fue a dormir con una chica y ahora no encuentra a esa joven para que confirme lo que él dice.

—¿Y si hubiera sido él? También se dice que puede haber sido incluso el secuestrador de su propia hija.

Miriam desenrolló la revista.

El fotógrafo había conseguido una foto del cadáver todavía en la cama,

donde la víctima había sido estrangulada.

A su lado, sobre la almohada, estaba la muñeca de trapo de largos brazos. Su rostro parecía sonreír.

—El asesino no es su ex-marido, ha sido ella.

Miriam señaló la muñeca con el dedo.

Daniel Harris dio un ligero vistazo a la muñeca fotografiada en la cama junto al cadáver de Helen y después miró a la muchacha a los ojos.

—Miriam, me preocupas mucho.

—Sé que todo te parece absurdo e inexplicable, una locura, pero ha sido ella, claro que eso no se lo puedo decir a la policía, al fiscal ni a la prensa porque me encerrarían en el manicomio.

—Pues, me temo que sí —aceptó el hombre en voz más bien baja.

—¿Tú también crees que estoy loca?

—Lo cierto es que empiezas a inquietarme.

—Sí, te he contado muchas cosas que no has podido comprobar y que te parecen irracionales y absurdas, pero ¿recuerdas lo que te expliqué de mí supuesta pesadilla?

—Sí, claro —asintió Daniel mientras ambos seguían bajo la luz de la farola en una calle por la que apenas transitaba nadie.

—No fue una pesadilla, fue algo real que vivió una parte de mí, lo que algunos llaman cuerpo astral, materia que escapa de nuestro cuerpo como un espíritu y se desplaza a otros lugares.

—Lo siento, Miriam, yo no puedo creer en eso, aunque sé que en determinadas circunstancias hay personas que lo creen. El ambiente condiciona, es lo mismo que ver un oasis cuando alguien se está muriendo de sed en el desierto, pero ese oasis solo existe en la imaginación.

Miriam, que parecía haber rebasado de golpe la adolescencia para convertirse en una completa mujer, se mostraba muy segura de sí misma. No hablaba con nerviosismo, tampoco con miedo. Era como si hubiera llegado a un estadio en el que ya todo le importaba muy poco, incluso su propia muerte.

—Entonces, digamos que soñé que la veía y la seguía por túneles del "metro" y cloacas.

—Lo recuerdo.

—Hoy he tenido la misma sensación, pero esta vez, no he descendido al subsuelo, al laberinto de túneles y cloacas. Yo estaba cerca de la boca del "metro", la he reconocido y he sentido que Annie se reía de mí. He oído su risa y he empezado a caminar como si ella me guiara telepáticamente. Yo

andaba por las calles mientras Annie lo hacía por los subterráneos, pero seguía su mismo camino, porque yo siempre oía su risa. Estoy segura de que caminando por la superficie he seguido el mismo recorrido que ella ha hecho por el subsuelo de la ciudad y al final, he llegado a esta calle donde se abre este pasaje o callejón.

—Sí, en este sitio murieron abrasados los muchachos. Aquí murió tu amigo Terry y la superviviente Betty asegura que hubo una niña que fue la que prendió fuego a todo.

—Es cierto, fue ella.

Daniel la cogió por los hombros muy preocupado, como si temiera que la locura de Miriam ya no tuviera remedio.

—Entonces, ¿tú crees que Annie estaba en la casa incendiada?

—Estuvo, sí, pero ella no se refugiaba en esa casa, sino en la otra, en la que está al lado. Ven conmigo.

Se internaron en el callejón o pasaje donde habían quedado encerrados los viejos caserones cercados por los edificios que los habían ahogado.

Pasaron junto a las ruinas de la casa quemada. El incendio había ahorrado gran parte de los trabajos de demolición.

Miriam no se detuvo hasta llegar frente al oscuro y siniestro caserón.

—Annie está ahí dentro —dijo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque mientras ella avanzaba por túneles y cloacas, la he seguido hasta aquí. He oído sus risas y sé que esté aquí —insistió—. ¿Entras conmigo?

Daniel tuvo un instante de vacilación. Luego respondió:

—Si eso ha de tranquilizarte, entremos.

Contra lo que el hombre esperaba, las puertas cedieron solo empujándolas. Chirriaron pero no se resistieron.

Dentro del caserón había lámparas de queroseno encendidas, como si jamás hubiera habido electricidad allí. El frío invernal se había adueñado de las lóbregas estancias.

Avanzaron con una mezcla de temor y respeto.

Cruzaron un amplio vestíbulo y se adentraron en la sala donde había una chimenea-hogar encendida. Las llamas rodeaban los leños; sin embargo, no parecía brotar calor de aquel fuego.

Sobre la chimenea colgaba un óleo, era un retrato de cuerpo entero que pudieron ver gracias a las luces fantasmagóricas que iluminaban la amplia estancia.

—¡Es Annie! —exclamó Daniel, mirando a la niña pintada en el cuadro, vestida con ropas de épocas ya desaparecidas.

—Sí, es Annie —asintió Miriam— pero este retrato no ha sido pintado actualmente.

Desplazando la mirada por las paredes, descubrieron más retratos.

—En todos está Annie. Fíjate en aquel, Annie está sobre la pila de leños de una hoguera y mira los otros… En cada ocasión viste de forma distinta.

—¿Qué es esto, Miriam, la casa de un loco?

—No, Daniel, tú estás mirándolo todo con los ojos de la racionalidad. Estos retratos han sido pintados en distintas épocas de la historia.

—¿Y siempre con Annie? —preguntó, muy incrédulo.

La voz grave de una mujer que descendía por una amplia escalera les sobresaltó.

—¿Puedo saber qué hacen ustedes aquí?

La miraron. Daniel le respondió con otra pregunta:

—¿Qué hacen estos cuadros aquí?

—No preguntes, Daniel —le dijo Miriam—. ¿Es que no la reconoces?

—¿Reconocerla?

—Es más joven, pero es ella.

—¿Ella, quién?

—La mujer que está en un cajón frigorífico de la Morgue, la mujer atropellada.

—No es posible. Admito que se le parece un poco, aunque a la luz que hay aquí…

—Será mejor que abandonen esta casa inmediatamente —exigió sin estridencias la misteriosa mujer.

—Nos marcharemos de aquí cuando nos digas por qué has matado a tu madre, porque yo sé que tú eres Annie, sí, Annie.

Daniel parpadeó lleno de asombro; le parecía haberse sumergido en un mundo demencial.

—Miriam, ¿es que no recuerdas que Annie es una niña de cinco años?

—Annie es ella, y ella es una bruja que consigue sobrevivir a través de los tiempos. Cuando un cuerpo físico se deteriora, ocupa otro. ¿No es así, Annie?

Se escuchó una risa lenta que fue aumentando de volumen y se esparció por el siniestro caserón. Era la risa de Annie.

—Helen Webers no tuvo una hija en su unión matrimonial —comenzó a explicar la enigmática mujer, sin seguir descendiendo por la escalera—.

Helen, por esnobismo y no por otra cosa, participó en una singular ceremonia satánica, de tantas y tantas como se celebran por todo el mundo en lugares ocultos, pero aquella no era una broma, no era un simple pasatiempo para burguesas aburridas. Aquella noche, durante el ritual, Helen copuló con el ceremoniante cuyo rostro ni siquiera llegó a ver. Engendró a Annie y allí estaba la mujer que murió en el accidente de tráfico y que años atrás había sido la misma Annie.

—¿Una Annie sucede a otra Annie? —preguntó Miriam.

—Sí, y siempre es la misma —puntualizó la extraña y enigmática mujer —. Helen Webers no era malvada, simplemente estúpida. Tenía que dejar de buscarme.

—¿Por eso diste vida a la muñeca, para que la asesinara?

—Todos los ritos han de cumplirse como es debido. Todas las madres de todas las Annies han muerto violentamente y ella no podía ser una excepción.

—¿Y los chicos de la casa de al lado que fue incendiada?

—Perturbaban mi morada, mi paz.

—Yo no puedo creerme nada de lo que dice —manifestó Daniel con voz firme.

Miriam le puntualizó:

—En cierto modo, tú me has traído aquí, Annie.

—A ti no te haré ningún mal, muchacha. Tú cuidaste bien de la pequeña, le diste el cariño que le negaba la estúpida de su madre. Puedes irte, y te aconsejo que no vuelvas jamás a este lugar.

—Nos marcharemos, sí, pero antes ¿puedes responderme a una última pregunta?

—Si es la última…

—¿La Annie que yo he conocido será la última de esta sucesión de niñas-bruja?

—No. Annie no morirá mientras haya hombres y mujeres sobre la faz de la tierra que puedan engendrar a la siguiente Annie.

—Me doy cuenta de tus poderes, entre ellos la transformación de tu personalidad. Sé que eres Annie, estoy convencida de ello, pero me gustaría que te transformaras de nuevo en la niña.

—Antes he respondido a tu última pregunta —replicó la misteriosa mujer que continuaba en lo alto de la escalera.

—Esto no es una pregunta, es un deseo. Quiero ver a la pequeña Annie por última vez antes de abandonar esa casa para siempre.

—Que así sea, y si no lo cumples, te castigaré con la muerte más horrible que puedas imaginar.

Abrió los brazos, luego los elevó y comenzó a gritar algo en una lengua que ni Miriam ni Daniel pudieron entender.

Un fuerte fragor les obligó a volver su mirada hacia la chimenea. Acababa de llenarse de fuego que semejaba querer escapar de su interior

El caserón se llenó de ruidos, daba la impresión de que fuera a derrumbarse sobre ellos, sepultándolos, y en medio de todo aquel ruido oyeron la risa de la pequeña Annie.

Volvieron sus miradas hacia la escalera. Allí ya no estaba la mujer vestida de oscuro, sino la grácil y rubia Annie asomada a la baranda. Reía, reía hasta que dejó de hacerlo.

—¡Miriam, cuando entierren a Helen, pon la muñeca dentro de su ataúd! Ella quería una niña linda que no la molestara y una niña así, que no moleste, solo puede ser una muñeca.

Se puso a reír de nuevo y su carcajada se multiplicó de forma obsesiva.

Miriam cogió del brazo a Daniel y le pidió:

—¡Salgamos, salgamos!

Daniel tuvo el instinto de correr hacia la niña para atraparla, pero esta ya había desaparecido corriendo escaleras arriba, perdiéndose por los mil recovecos del viejo caserón.

Cuando salieron a la calle, nevaba. Los copos eran grandes, aquella nevada sí cubriría la ciudad con un manto blanco.

Daniel se resistía a alejarse del caserón. Se volvía hacia él, su siniestra silueta le fascinaba.

—Olvídalo, Daniel, olvídalo. Ella es más poderosa que nosotros, nada podemos hacer. Ahora ya sabemos la verdad, pero es una verdad que no podemos contar a nadie. Lo mismo que existe el bien, existe el mal y seguirá existiendo aunque no nos guste.

—Sí, vámonos. Sería inútil que nosotros intentáramos impedir que el mal siguiera existiendo en este mundo. Pronto llegaremos a pensar que lo que acabamos de vivir ha sido una horrible pesadilla.

Echaron a andar sin mirar atrás.

A sus espaldas quedaba el siniestro caserón dentro de cuyas paredes seguía sonando la carcajada de la pequeña y eterna Annie.

La noche se hizo día, el día noche y el tiempo siguió inexorable.

El bien y el mal continuaron existiendo porque los seres humanos estaban hechos de una amalgama de bien y mal que solo en ocasiones podía

separarse y mostrarse con toda su ferocidad o santidad, según les impulsara su inclinación natural, pero quien quiera que fuese el espíritu que había escogido el delicado cuerpo de Annie, había optado por la Maldad para toda la eternidad.

F I N



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P.100 Pts